

La Ilustración Artística

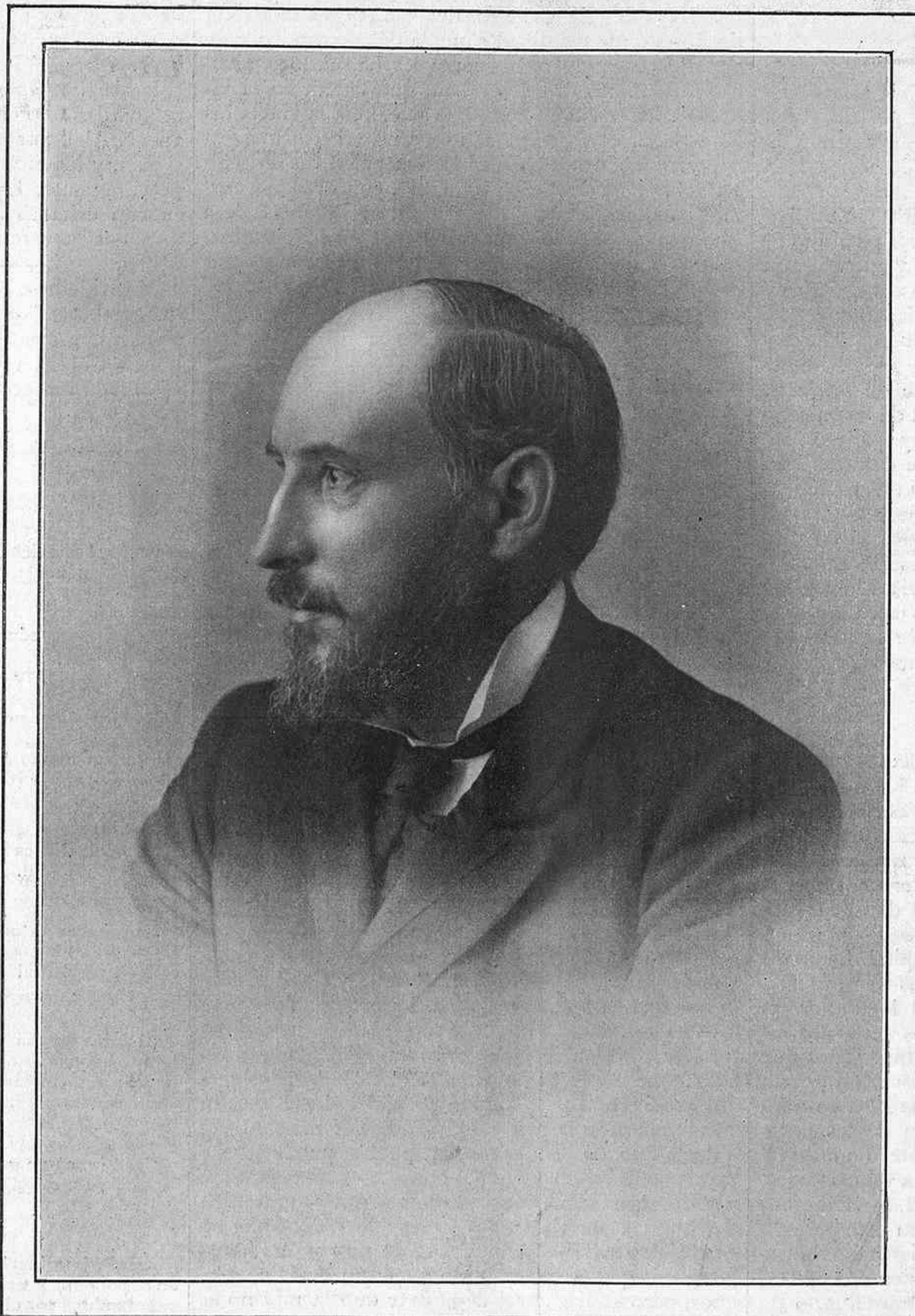


Artística

AÑO XXV

← BARCELONA 19 DE NOVIEMBRE DE 1906 →

NÚM. 1.299



EL EMINENTE HISTÓLOGO D. SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL
á quien le ha sido adjudicado el premio Noebel

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos*. — *La enlutada*, por Eduardo Zamacois. — *La formación de las perlas finas*. — Federico Thaulow. — *La telegrafía sin hilos en Nauen (Alemania)*. — D. Santiago Ramón y Cajal. — *Ermette Novelli*. — *Asamblea de Diputaciones provinciales*. — *Corazones de oro*, novela ilustrada (continuación). — *Algunas muestras de hoteles de Lucerna, de hierro forjado*, por Arturo Elliot.

Grabados.—*El eminente histólogo D. Santiago Ramón y Cajal*, á quien le ha sido adjudicado el premio Nobel. — Dibujo de J. Cabrinety que ilustra el artículo *La enlutada*. — *La infancia de Caln*, estatua de A. Teixeira Lopes. — *Liszt en el piano*, cuadro de José Danhauser. — *Viejo pescador*, cuadro de Eduardo E. Taylor. — *El pintor noruego Federico Thaulow*. — *Paisaje de invierno en Noruega*, cuadro de Federico Thaulow. — *Telegrafía sin hilos. Instalación de campaña en Nauen (Alemania)*. — *El borracho*, cuadro de K. F. Makowski. — *La escuela de Atenas*, fresco de Rafael existente en el Vaticano. — *Barcelona. El eminente actor Ermette Novelli y su esposa á bordo del «Antonio López»*. — *Banquete con que la Diputación provincial obsequió á los representantes de las demás Diputaciones provinciales que han concurrido á la Asamblea*. — Diez reproducciones de otras tantas muestras de hoteles de Lucerna, de hierro forjado. — *Barcelona. Revista militar efectuada el día 11 de los corrientes en el Paseo de San Juan con motivo de la llegada de las tropas que han estado recientemente de maniobras*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Mi amigo el ilustradísimo escritor Luis Morote ha presentado una proposición á fin de que (como acaba de realizarse en Francia) se suprima la pena de muerte de los códigos. Y digo de los códigos, porque de la costumbre ya cabe afirmar que estaba suprimida. Ha sido necesaria una serie de crímenes tan horrendos como los del *Huerto del francés* para que se ejecute una sentencia de pena capital; y aun así, aun después de la execración que despertó aquel negro y prosaico drama en seis actos, sin unidad de tiempo, á pique estuvieron de salvar sus pescuezos Aldije y Muñoz. Como si hubiesen sido dos de esos criminales á quienes la pasión y una especie de fatalidad empujan, y que infunden sentimientos de conmiseración aunque comprendamos que la ley que pesa sobre sus cabezas es justa y necesaria, se desarrolló en favor de los repulsivos reos del *Huerto* un movimiento de...—¿escribí la palabra?—de simpatía, manifestado en gestiones muy activas y reiteradas á fin de conseguir el indulto. Y si se hubiese indultado á Aldije y Muñoz, ¿qué necesidad tendría Morote de presentar la proposición? ¿Qué decreto más terminante, aunque implícito, de abolición de la pena de muerte que el indulto de esos dos monstruos?

* *

La cuestión es discutida y discutible: las consideraciones á que se presta no caben en los límites de una crónica periodística, ni son propias del género, ni ofrecen ya novedad, aunque ofrezcan actualidad constante. Los que no nos dedicamos á la ciencia penal, apenas tenemos opinión; sólo tenemos impresiones de sensibilidad más ó menos delicada, que se exteriorizan al producirse un episodio severo y triste, como es el de una ejecución capital. La sensibilidad y el corazón son buenos jueces en otras materias; en estas, no. El estadista y el legislador no pueden atender más que á los dictados del orden social, á la seguridad y bienestar de los individuos que viven bajo el amparo de la ley. La discusión acerca de la pena de muerte, si es racional, se basa en tales consideraciones, haciendo abstracción de las puramente subjetivas. Si la pena de muerte, impuesta y ejecutada, por lo menos en la mayoría de los casos, atajase el desarrollo de la criminalidad, sería imposible negar su conveniencia y utilidad en este período de la evolución social española. ¿Es cierto que la frecuencia de los indultos, la tácita abolición de la pena, ha coincidido con un incremento extraordinario de los crímenes de sangre? Lo afirman muchos observadores: sólo un estudio estadístico verdadero, positivo, podría (con la autoridad de la ciencia) resolver este problema. Y científicamente, y clínicamente, se debiera tratar la cuestión de la abolición de la pena de muerte en un Estado.

* *

Por otra parte, este género de problemas nunca aparece aislado: siempre van unidos á ellos otros in-

finitos, que en ellos influyen poderosamente. Los crímenes de sangre y violencia—es un hecho tan evidente que no necesita comprobación estadística—no se producen sino muy rara vez en las clases cultivadas. Recientemente, un millonario yanqui cometió uno de esos crímenes, que llamó la atención del mundo entero, gracias á la circunstancia de tratarse de un hombre colmado por la fortuna. Igual asombro determinaría el crimen de un sabio. ¿No es cierto que no comprendemos á Ramón y Cajal esgrimiendo un arma contra un semejante? Quiere esto decir que la cultura, la riqueza, la alta posición, los conocimientos, casi de un modo invencible se oponen á tal delincuencia. La media cultura, sin embargo—y esto es desconsolador y tumba patas arriba muchas ideas pedagógicas—parece refinar el instinto criminal, dictándole precauciones y perfeccionamientos que llegan hasta el sistema organizado por los tremendos artistas en carne humana de Peñafior. Eran los dos inteligentes y algo instruidos, y uno de ellos, Aldije, el hombre más sereno, apacible y dueño de sí mismo que puede existir, si nos atenemos al desinteresado informe de un facultativo que estudió la fisiología y la psicología extrañas de este reo. Ambos murieron con el impertérrito valor que, para confusión de la especie á que pertenecemos, brilla igualmente en los héroes y en muchos grandes criminales. Aldije no mandó el fuego, como el romántico Diego León, conde de Belascoain, pero ordenó al verdugo que apretase fuerte. Y no sé cuál de las dos órdenes requiere más intrépido corazón, más señorío sobre los nervios.

Sea como quiera, si estos dos compadres fundaban ilusiones en la ociosidad á que la costumbre iba condenando al verdugo, la cuenta les ha salido equivocada. Es cierto que esperaban, que fiaban en el indulto... La constancia con que se ejercía la gracia les autorizaba, hasta cierto punto, á no creerse una excepción. Y sin embargo, ni la decepción de serlo alteró el ánimo de Aldije, tranquilo, con el pulso normal, sonriente, resuelto hasta el último instante. ¿Será esta una señal de esa insensibilidad de los criminales natos, diagnosticada por Lombroso, Ferri y otros antropólogos?

* *

Para hablar de cosas más gratas, recordemos que Ramón y Cajal acaba de obtener el premio Nobel, de la sección científica. Es premio no completo (la mitad de la recompensa), como fué el de Echegaray; pero la diferencia en dinero no rebaja la distinción honorífica, que nadie ignora hasta qué punto es merecida. Ramón y Cajal, por otra parte, es el primer sabio popular en España (si exceptuamos al brujo y nigromántico marqués de Villena y al flamenco Juanolo Turriano). Los demás sabios propiamente dichos que en España existieron, trabajaron solitarios en su gabinete, sin el ambiente de simpatía de la juventud, sin el ardoroso aplauso de las muchedumbres. El eminente histólogo ha tenido el privilegio de romper esta tradición de indiferencia letal.

Allá en junio, cuando fui nombrada presidente de la sección de literatura del Ateneo de Madrid, quise traer á mi pueblo natal, la Coruña, la primer misión de extensión del Ateneo. Reuní á los presidentes de las sociedades recreativas, y los encontré dispuestos á secundar mi idea en todo y á prestarme la cooperación más decidida y generosa. Al pronunciar los nombres de los ilustres conferenciantes á quienes pensaba dirigirme, todos fueron acogidos con demostración de respeto, pero el de Ramón y Cajal produjo una emoción extraordinaria. La ovación futura estaba ya contenida en aquella sorpresa lisonjera. Si yo hubiese conseguido, hallándose tan adelantado el verano, que pudiesen emprender el viaje los designados conferenciantes, Ramón y Cajal hubiese tocado con la mano su inmensa popularidad. Y me resolví á decir que, en este punto, mi pueblo puede ser un excelente tubo de ensayo; porque es frío, escéptico, parado, desconfiado de las reputaciones y muy amigo de echarlas por tierra. Sin género de duda Cajal no es el único sabio español digno de recoger homenajes: antes que él han existido otros, no diré que muchos, pero suficientes á demostrar que la raza no es enteramente inepta para las altas indagaciones científicas. Pero en Cajal se ha concentrado y simbolizado la aspiración española (tardía, confusa, medio inconsciente) á no carecer de esa capacidad, á no ser relegada á un grado inferior entre las mentalidades europeas y latinas. No creo aventurado afirmar que los admiradores de Ramón y Cajal—y para que nadie se ofenda me incluyo en el número—no sabemos por qué le admiramos; es decir, no nos sería fácil penetrar en el fondo de su labor y aquilatarla en su valer relativo, pues en este caso conoceríamos tanto

como él. De un literato, de un artista, todo el mundo juzga, porque todo el mundo tiene emotividad, nervios, sentidos, aficiones, ideas, más ó menos amplias y cultas, pero ideas al cabo; y esta es la ventaja que lleva la gloria de Cajal, indiscutida é indiscutible, á otras glorias mordidas y baqueteadas, y quizás por eso, mi pueblo, donde nunca faltan enfriadores para todo hervor de entusiasmo, aprovecharía con Cajal la ocasión de entusiasmarse sin reparos ni tiquismiquis, de entusiasmarse á la vez por el mérito positivo y por ese otro mérito ante el cual los profanos se arrodillan cual los romanos ante el ara del Dios ignoto.

* *

¿Habéis visto una procesión en el campo? ¿La habéis seguido? Es uno de los espectáculos más poéticos y pintorescos que cabe presenciar.

En la procesión que acabo de seguir, una sola imagen, la Virgen, en su advocación de Inmaculada. La efigie, de medio tamaño, luce un traje de brocado blanco, de cotilla, sembrado de perlas y turquesas; las lentejuelas que lo realzan brillan bajo el pálido sol de otoño, y se reflejan en las últimas gotas de lluvia suspendidas en la zarza. Un aire ligero y suave mueve con apariencia de vida el largo manto de terciopelo turquí salpicado de estrellas y los rizos de pelo natural que sobre él flotan. Las mujeres contestan á las letanias, que el cura pronuncia despacio, con un murmullo lento, amoroso... Van vestidas con sus mejores galas, sus sayas de colores, sus mantellinas de paño y terciopelo negro orladas de azabache, sus pañuelos de seda á la cabeza, sus zapatos de cuero fuerte, ó sus zuecos nuevos curiosamente trabajados. Sus manos, lavadas y morenas, empuñan, resguardándolo con el pañuelo, el cirio, que el viento apaga. Al llegar al crucero de piedra, todos se persignan, y los mozos, ya descubiertos, se inclinan respetuosamente. Las campanas de la humilde iglesia suenan echadas á vuelo. La gran paz del campo presta á la escena un fondo digno del pincel de Millet...

Y olvidamos, en la mística y sencilla ceremonia, los combates del mundo, la lucha de intereses y pasiones, la gravedad de los problemas de esta agitada hora social... La Virgen sonríe, bajo su manto turquí sembrado de luceros.

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

Entre el maldiciente y el malhechor no hay más diferencia que la ocasión.

QUINTILIANO.

Es precisa la educación del pueblo para la conservación de la libertad.

CARNOT.

Hay bastantes medios de enriquecerse, pero hay pocos honrados; la economía es uno de los más seguros. Sin embargo, aun este medio no es del todo inocente porque perjudica algo á los deberes que imponen la humanidad y la caridad.

BACON.

La adulación es una moneda falsa que sólo circula merced á nuestra vanidad.

LA ROCHEFOUCAULD.

La primera virtud de una madre es la firmeza, la justicia... La madre es la conciencia visible del niño, y cuando mimá á su hijo, pervierte la conciencia de éste.

E. LABOULAYE.

¿Quieres que las lecturas dejen en ti impresiones duraderas? Limitate á un corto número de autores animados de un sabio espíritu y aliméntate con su substancia. La multitud de libros disipa las fuerzas de la inteligencia.

SÉNECA.

Cuando, en un gobierno, dice todo el mundo hablando de la cosa pública «¿Qué se me da á mí?», la cosa pública está perdida.

MONTESQUIEU.

Para la imaginación es más conveniente situar la felicidad en el porvenir y tener esperanzas que nos animen, que sentir pesadumbres por el pasado que nos desalienten.

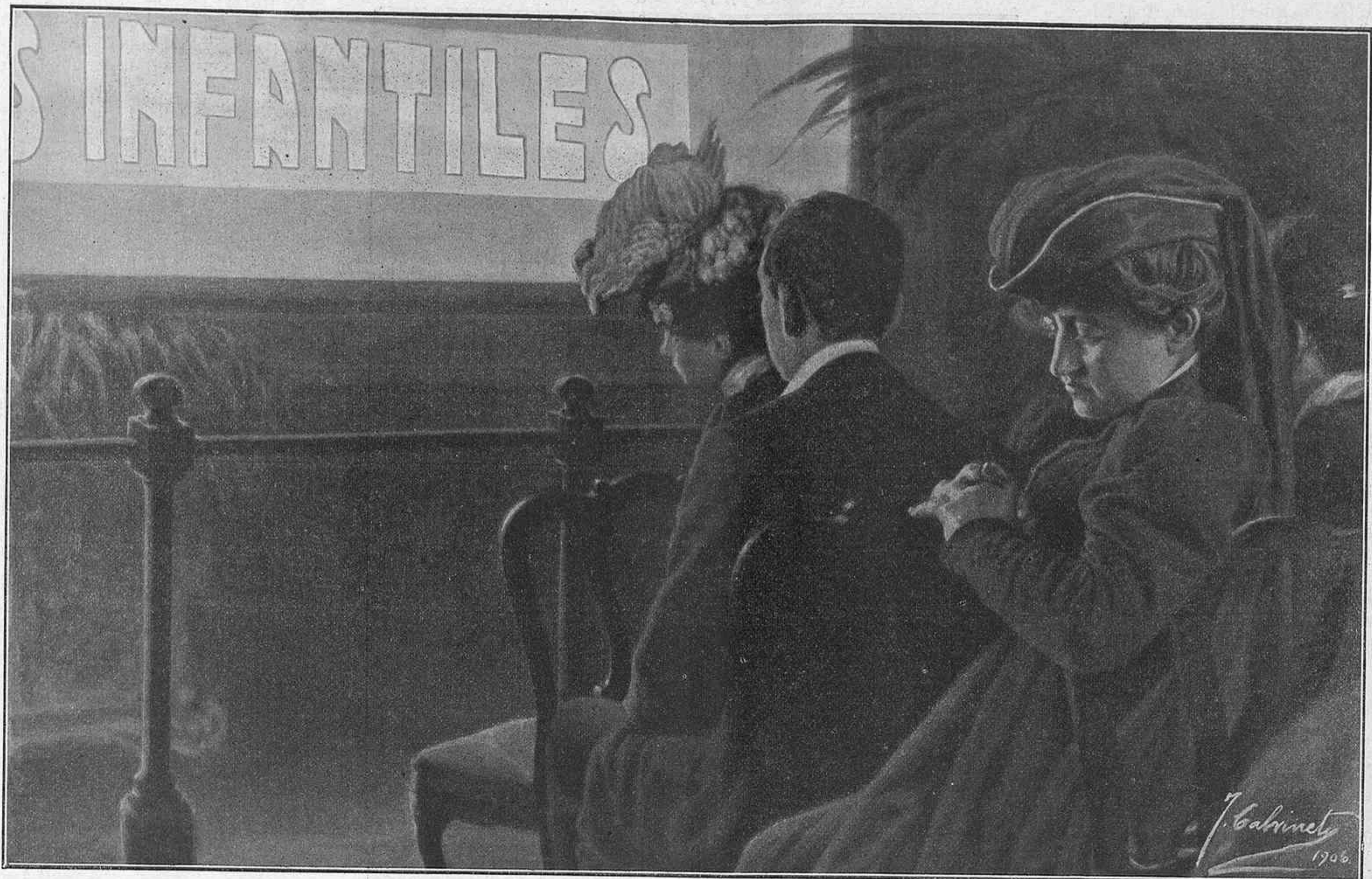
BENTHAM.

Ningún remedio cura mejor las enfermedades del corazón, los accesos de una melancolía sombría y descorazonada, que la práctica del deber. A menudo nos hallamos incapaces de pensar, de sentir; cuando esto suceda, obremos, hagamos el bien.

DE GERANDO.

El carácter es la forma distintiva de un alma con relación á otra. Los hombres sin carácter son rostros sin fisonomía.

DUCLÓS.



Cierta dama joven y enlutada ocupó una silla de preferencia en uno de los cinematógrafos más populares de Madrid

LA ENLUTADA

Todas las noches, durante mucho tiempo, cierta dama joven y enlutada ocupó una silla de preferencia en uno de los cinematógrafos más populares de Madrid. Llegaba temprano, apenas comenzada la representación, y la intención pensativa de sus ojos medio cerrados que á nadie miraban, la inmovilidad hierática que guardaba durante el espectáculo y la premura discreta con que desaparecía apenas concluída la función, bien claramente expresaban su señoril empeño de pasar inadvertida.

Era una mujer de treinta años, esbelta y alta; las tinieblas del traje avaloraban la gracilidad mimbreada del cuerpo, dándole movimientos mollares y largos de una parsimonia aristocrática y triste. Tenía grande la frente, aguileña la nariz, las mejillas muy pálidas; sus labios finos conservaban el amargor de las lágrimas que bebieron; en el óvalo lívido del rostro, los ojos, negrísimos y ardientes, parecían, al mirar, excesivamente abiertos y como espantados aún de lo que vieron.

Según decían los empleados del cinematógrafo, la primera vez que aquella señora estuvo allí, iba con dos amigas. Súbitamente la vieron extender los brazos; luego lanzó un grito y cayó al suelo sin conocimiento. El alboroto que este incidente produjo fué mayúsculo; varias personas caritativas transportaron á la enferma á la Casa de Socorro más próxima. Transcurridos cuatro ó cinco días, la dama misteriosa reapareció; esta vez iba sola. Los acomodadores la observaron con desconfianza: ella se sentó muy grave, muy rígida, los puños apretados, como dispuesta á represar cualquiera intemperante explosión de sus nervios. La representación terminó sin nuevos accidentes. Desde entonces, la desconocida volvió al cinematógrafo todas las noches, y su silueta triste, enigmática, dulce y fatigada á la vez, de quien mucho ha sufrido, desentonaba del público vulgar de sirvientes, artesanos y obrerillas, que invadía la sala.

¿Quién era? ¿Qué historia romántica de ingratitud ó de amor la llevaba allí, sola y enlutada?

El secreto persistió mucho tiempo. Al cabo una casualidad, una de esas raras coincidencias que poseen la clave de todas las novelas, me permitió conocer la historia de aquella mujer, por tantas razones de belleza y de inteligente expresión interesante, que aparecía entre aquel público zafio, jaranero y vestido de percales chillones, muda, inmóvil, indescifrable como una esfinge negra.

Siendo casi una niña Paquita Briesca, hija única

de los marqueses de W. casó en París con el conde Fernando; uno de esos tipos byronianos desbordantes de juventud, llenos de fuerza, armados de ilusión, que todas las doncellas vieron pasar en sueños como una canción ardiente de mayo.

Aquel dulce noviazgo fué muy corto; algo hadado aleteaba sobre él. Por las tardes, Paquita y su madre recorrían en landó las alamedas umbrías del Bosque; el conde galopaba junto al estribo y los transeuntes, adivinando su dicha, volvían la cabeza para verles pasar. La fuerte brisa que el coche en su violento correr recogía, desrizaba los rubios cabellos, los cabellos de sol, de la marquesita, que sonreía mostrando en el óvalo del semblante, entonces rosado y carnoso, sus dientes perlíneos; y como su rostro era calco peregrino del de la anciana marquesa, con la diferencia de que aquella expresión candorosa que parecía algo añadido y como episódico en la triunfante venustidad de la hija, fijaba el rasgo sobresaliente de la madre, cuyas lindezas juveniles se habían evaporado en esa flor de distinción y de bondad que constituye la hermosura única de los viejos, el conde Fernando pensaba gozoso que, entre la belleza del presente y los tesoros de virtud que el porvenir le prometía, su felicidad sería eterna.

La marquesita de W. y el conde Fernando se desposaron á fines de septiembre, y tras una pintoresca excursión por las montañas suizas, volvieron á París.

Dos años huyeron...

Una mañana de junio Paquita y Fernando paseaban, cogidos del brazo, bajo los árboles frondosos de las Tullerías; delante de ellos caminaba una nodriza normanda, enorme y redonda, llevando en brazos un niño vestido de blanco.

Una gran alegría, uno de esos regocijos intensos y serenos que parecen penetrarnos al través de los poros, envolvía á los esposos; sus cuerpos avanzaban lentamente en la atmósfera tibia; numerosos rayos de sol que perforaban el follaje ponían sobre la fina arena del paseo multitud de minúsculos círculos luminosos; en un estanque, bajo la ancha sombra cerúlea de unos castaños, varios patos paseaban por las aguas espejantes y tranquilas sus cuerpos níveos; el matrimonio callaba mirando al hijo que les sonreía, el nacarino mento apoyado sobre el hombro de su nodriza. Era aquel uno de esos momentos de soberana paz, de felicidad absoluta, en que desearíamos sujetar la marcha disolvente de los relojes.

De pronto la marquesita experimentó un apesaramiento derramamiento sentimental.

—Nunca fuí tan dichosa como ahora, murmuró; dime, Fernando, tú que leíste y sabes tantas cosas:

¿por qué el tiempo huye? ¿Qué mal le hicimos para que, poco á poco, nos arrugue, nos enfríe y nos mate?.. ¿Por qué no seremos nosotros siempre jóvenes y nuestro hijo siempre niño?

El conde no respondió, mas por su alma corrió repentinamente un gran soplo de melancolía; porque acababa de sentir, efectivamente, que los árboles, la brisa, los patos nadadores, las fuentes, el sol mismo, la naturaleza toda en su marcha incesante hacia lo futuro, latía á su alrededor con un medroso estremecimiento pesimista de despedida.

Pocos meses después el conde Fernando falleció casi de repente, su hijo también murió, la nodriza normanda se fué. Entonces la marquesita viuda, medio ciega de tanto llorar, regresó á Madrid, al lado de su madre.

... Y yo la vi, lector, la vi muchas tardes pasar por Recoletos en un landó negro, tirado por caballos negros también, envuelta en un luto esplendoroso de reina inconsolable: bajo el crespón flotante del sombrero los rizos rubios habían blanqueado un poco, y su frente era más grande, su nariz más cruel, su boca más triste, sus ojos tenían la expresión asombrada de las almas que una vez miraron al abismo de las desesperaciones inmensas.

Cierta noche Paquita, su madre y una amiga, después de dar un largo paseo á pie, entraron en un cinematógrafo; fué un capricho repentino, una de esas necesidades igualitarias que á ratos los espíritus aristocráticos sienten de mezclarse con el pueblo.

La voz del empleado que explica al sencillo público de los cinematógrafos el asunto de las películas, había dicho:

—«Escenas infantiles en el Jardín de las Tullerías de París!..»

La película empezó á pasar con temblequeo insólito; Paquita, los ojos llenos de lágrimas, miraba huir los árboles, las fuentes, las perspectivas todas de aquel parque que una mañana de junio sirvió á su felicidad de marco suntuoso. De pronto se vió á ella, á ella misma, cogida del brazo del conde Fernando, y á su hijo que sonreía, desde su gorrito de encajes, la redonda barbilla olvidada sobre el hombro de su nodriza.

La marquesita lanzó un grito y perdió los sentidos.

Pero ya no pudo abstenerse de ir todas las noches á contemplar aquella película diabólica, donde una de las horas más felices de su juventud había cristalizado; allí estaban su esposo y su hijo mirando, andando, moviéndose con unas apariencias de vida que no tenía ninguno de los retratos vulgares que ella

guardaba de sus queridos muertos. El esposo volvía á mirarla, los patos del estanque sepultaban sus picos rosados en las aguas tranquilas, sobre la arena del paseo pululaban granitos de luz...

Últimamente me aseguraron que la marquesa W. había comprado esa película cuyo mérito eminentísimo sólo ella comprende. Es lo único que conserva de su juventud. Poco es, ciertamente: un reflejo, humo, casi nada...

¿Pero quién, lector, en este sempiterno naufragio de ilusiones y de quereres que llena la vida, podrá vanagloriarse de haber salvado otro tanto?

EDUARDO ZAMACOIS.

(Dibujo de J. Cabrineti.)

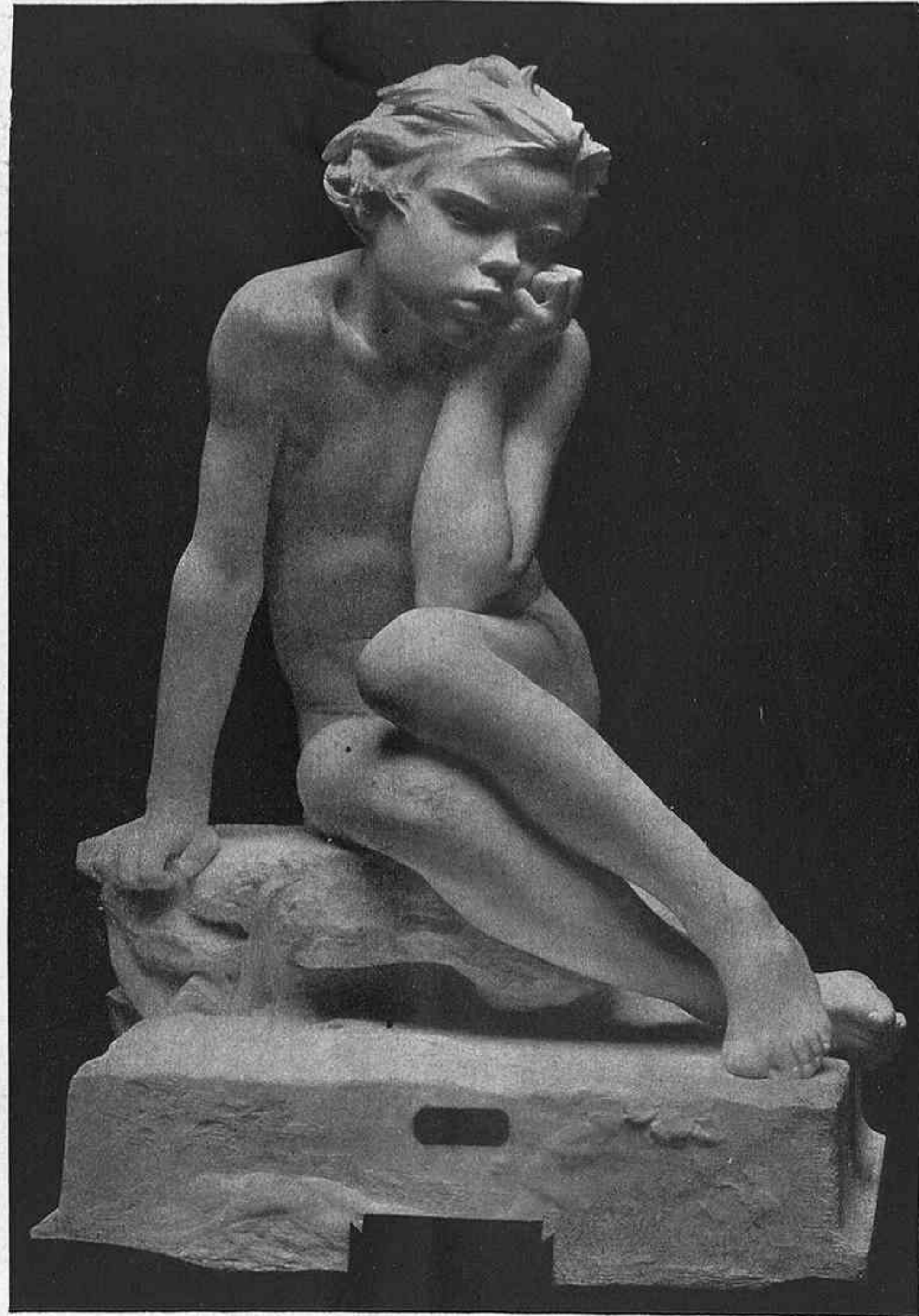
LA FORMACION DE LAS PERLAS

FINAS

M. Seurat ha realizado recientemente una expedición á Oceanía, durante la cual ha estudiado especialmente la formación de las perlas finas; y sus conclusiones, que aclaran un asunto hasta ahora obscuro, parecen indicar el camino que hay que seguir para llegar á producir artificialmente la perla natural.

Los sabios modernos han creído durante mucho tiempo que la perla resultaba de una secreción consecutiva á la excitación del molusco, producida por la introducción de un cuerpo extraño. De este modo fabrican los chinos y japoneses supuestas perlas verdaderas, y en Francia se han intentado también algunos ensayos de este género. Pero las concreciones así obtenidas no son, según opinión casi generalmente admitida, la perla, sino simplemente el nácar.

Otra teoría sostiene que cierta enfermedad de la ostra determina la formación de cálculos que una secreción, también morbosa, cubre con la materia perlada. Muchas perlas de Ceylán contienen un núcleo



La infancia de Caín, estatua de A. Teixeira Lopes

minúsculo cuya presencia concuerda con esa teoría; mas como no todas las perlas presentan ese fenómeno, tal teoría debe ser desechada.

Hoy se considera demostrado el origen parasitario.

Ya Rafael Dubois había atribuído á la presencia de una larva la formación de las perlas, y M. Seurat, durante su permanencia en las islas Gambier, decalcificó varias perlas y encontró en el centro un núcleo constituido, no por un cálculo, sino por el gusano del tylocéfalo, que es un parásito de la ostra. Al mismo tiempo observábase que la mayoría de las perlas cogidas libres en las ostras de Ceylán contienen los restos de un gusano.

Sabido es, por otra parte, que las larvas nacidas en las células de un animal determinado no pueden continuar su evolución sino en el vientre de otro animal, fenómeno del cual tenemos el más palpable testimonio en las tenias. Pues bien: en el estado actual de la ciencia microbiológica, se calcula que aquel parásito de la ostra ha de terminar su desarrollo en la raya águila, que con su dardo perfora las ostras para absorber las larvas que contienen y entre ellas las perleras. El conocimiento de estos hechos permitiría, pues, combinar el proceso necesario para infestar las ostras con la preciosa larva, preservándolas de los ataques de la raya águila.

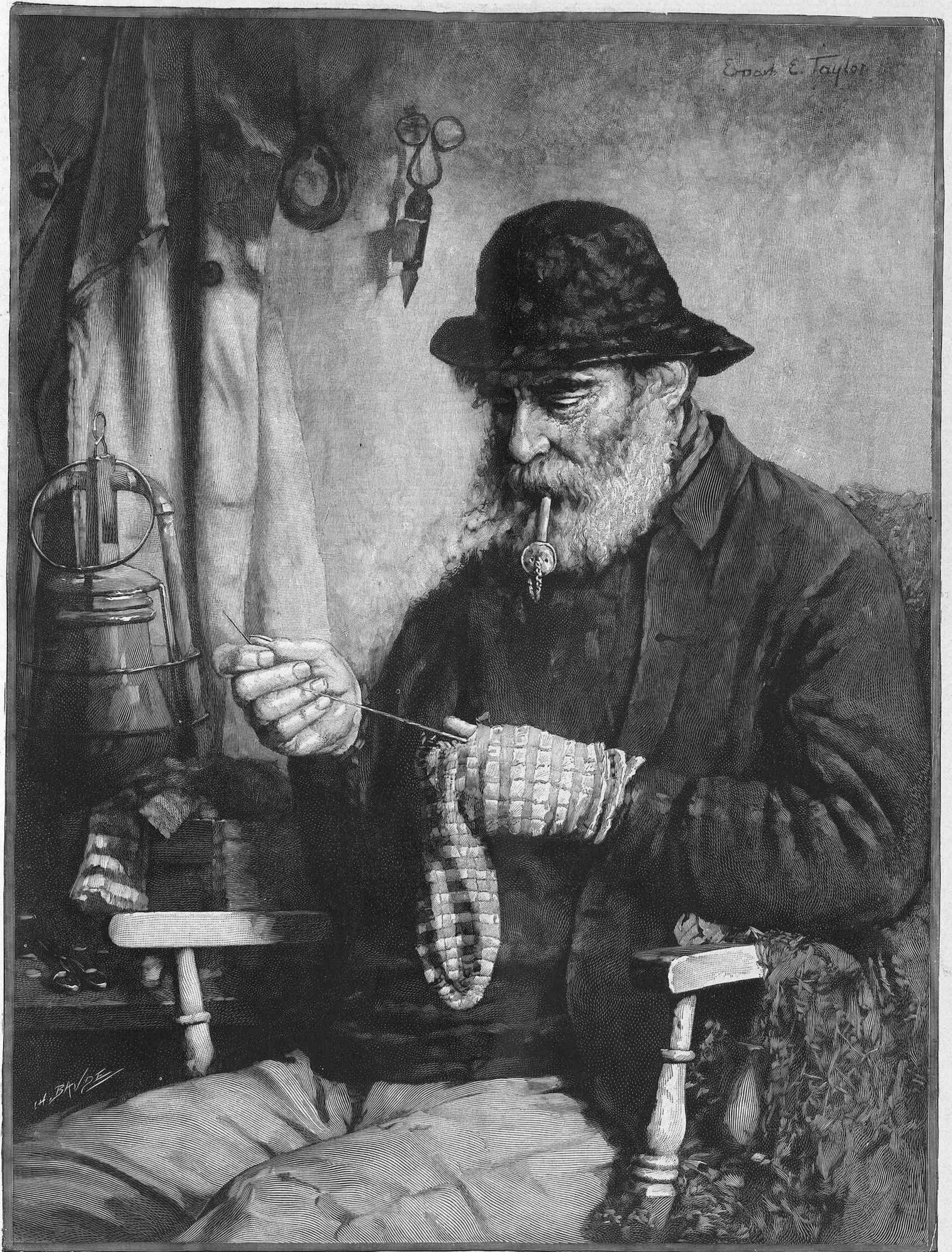
M. Seurat hace observar que no es el organismo parásito del centro lo que hace vivir y morir la perla; según él, ésta se empaña al contacto del sudor y de las demás secreciones, del agua sucia ó jabonosa, y se la resucita disolviendo la capa superficial en un ácido, lo que constituye una operación delicada.

El jugo gástrico posee, según parece, propiedades á propósito para esa operación y que son bien conocidas de los californianos, quienes no queriendo tragarse sus collares empañados los ingurgitan en gallinas cuya digestión vigilan cuidadosamente.

Estas afirmaciones de un sabio no concuerdan con la idea muy admitida de que el contacto frecuente de la piel de una mujer es necesario para conservar el oriente de las perlas.—X.



Liszt en el piano, cuadro de José Danhauser. (Exposición de pintores del siglo XIX. Berlín, 1906.)



VIEJO PESCADOR, cuadro de Eduardo E. Taylor

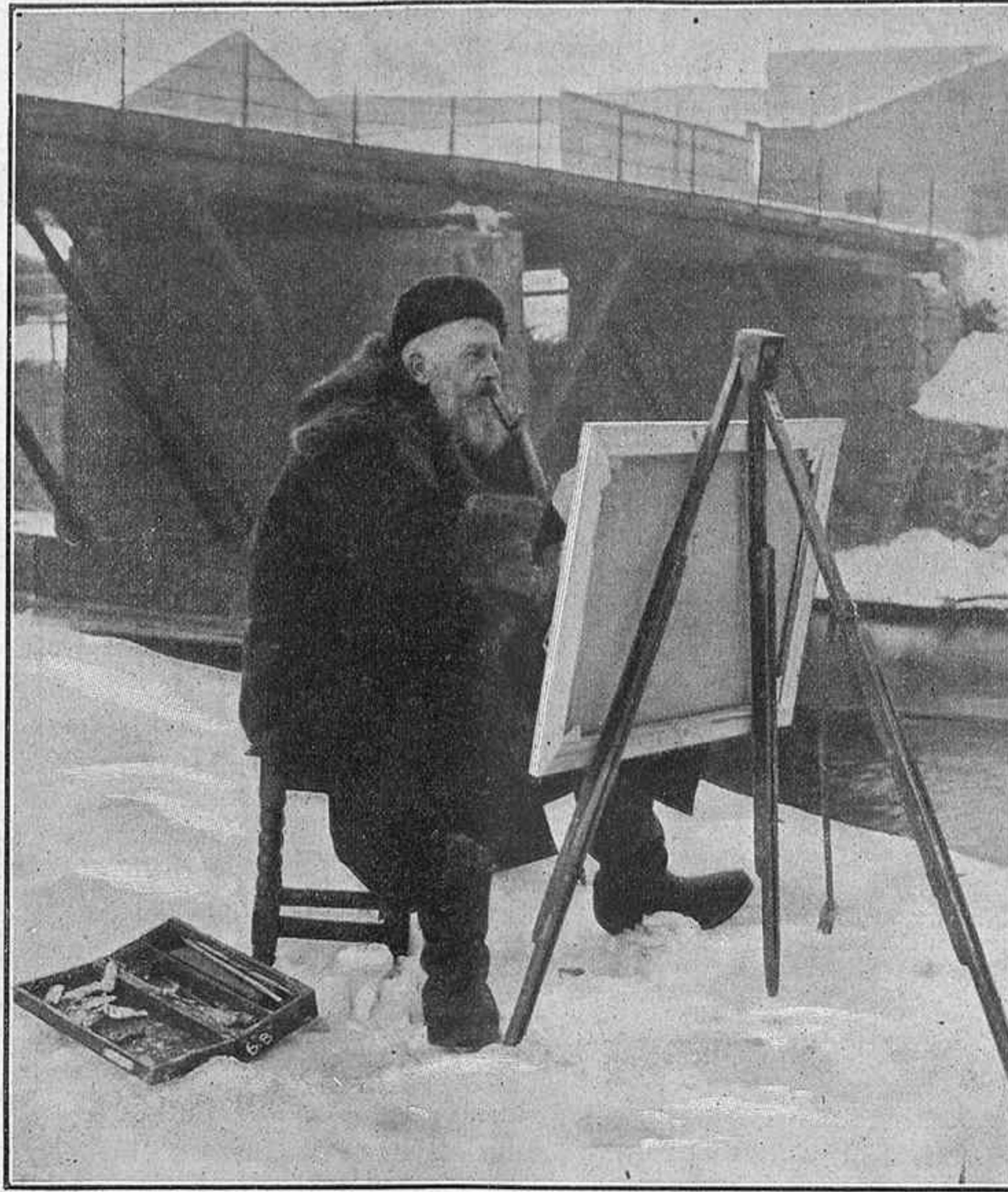
FEDERICO THAULOW

Víctima de una angina de pecho ha fallecido repentinamente en Holanda, hace pocos días, el eminente pintor noruego Federico Thaulow.

Nacido en Cristiania en 1844, hijo de padres acomodados, habíase dedicado desde muy joven al arte pictórico, y después de sólidos estudios hechos en su país natal, emprendió, como casi todos los artistas noruegos, un viaje por Europa, recorriendo Suecia, Dinamarca, Holanda, Alemania y Francia. En esta última nación se estableció definitivamente hace treinta años, y si bien conservó durante toda su vida la afición á viajar que tanto conviene á los pintores paisistas, instaló su taller en París, que era en donde había alcanzado sus primeros triunfos.

Desde 1880 exponía todos los años en el Salón, y en 1889 fué declarado fuera de concurso; al año siguiente, formó en el grupo de artistas que constituyeron la Sociedad Nacional de Bellas Artes.

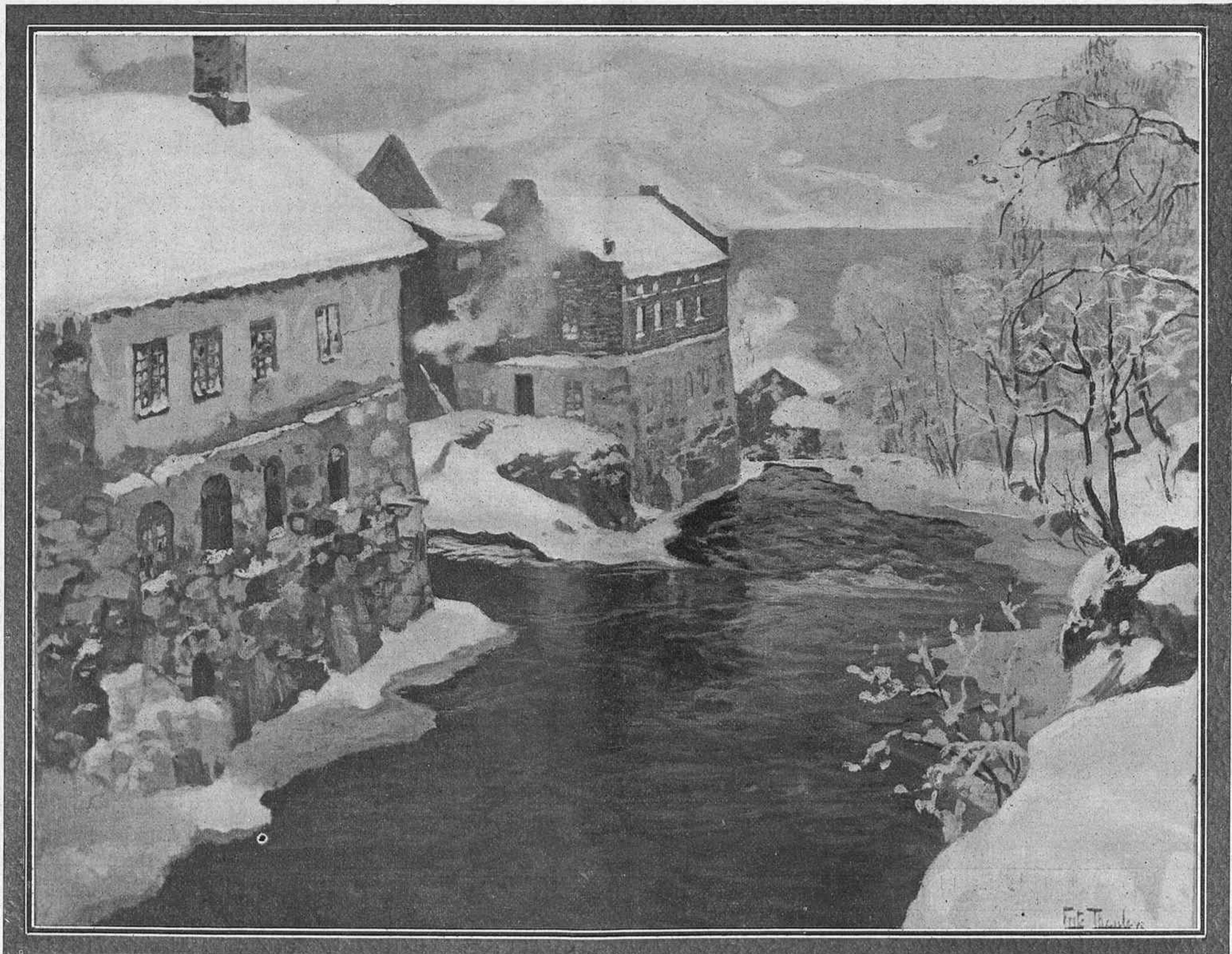
Talento laborioso y fecundo, Federico Thaulow deja una obra considerable y especialmente seductora, así por la variedad de sus asuntos como por los encantos del colorido y por la prodigiosa flexibilidad de la ejecución. Tal vez en estos últimos años la técnica había reemplazado con exceso á la emoción. Ducho en vencer todas las dificultades, triunfaba de ellas merced á prodigios de habilidad que más de una vez hicieron que su sinceridad fuese puesta en duda; y hasta se le acusó de servirse de la fotografía para la composición de sus lienzos y de recurrir á ella más que á la observación para lograr esos famosos efectos de agua corriente que contribuyeron no poco á poner de manifiesto su talento y á popularizar sus cuadros.



El pintor noruego Federico Thaulow, fallecido recientemente en Volendam. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.^a)

Mas sea de ello lo que fuere, Thaulow fué un gran artista. Reprodujo con delicioso colorido y con sentimiento intenso los sitios agrestes de su Noruega natal; más adelante tomó los asuntos para sus obras

timientos de una manera magistral. En ese paisaje del Norte pueden admirarse la majestad y grandiosidad que ofrecen aquellas regiones cuando el invierno tiende su manto asolador sobre los poblados.—S.



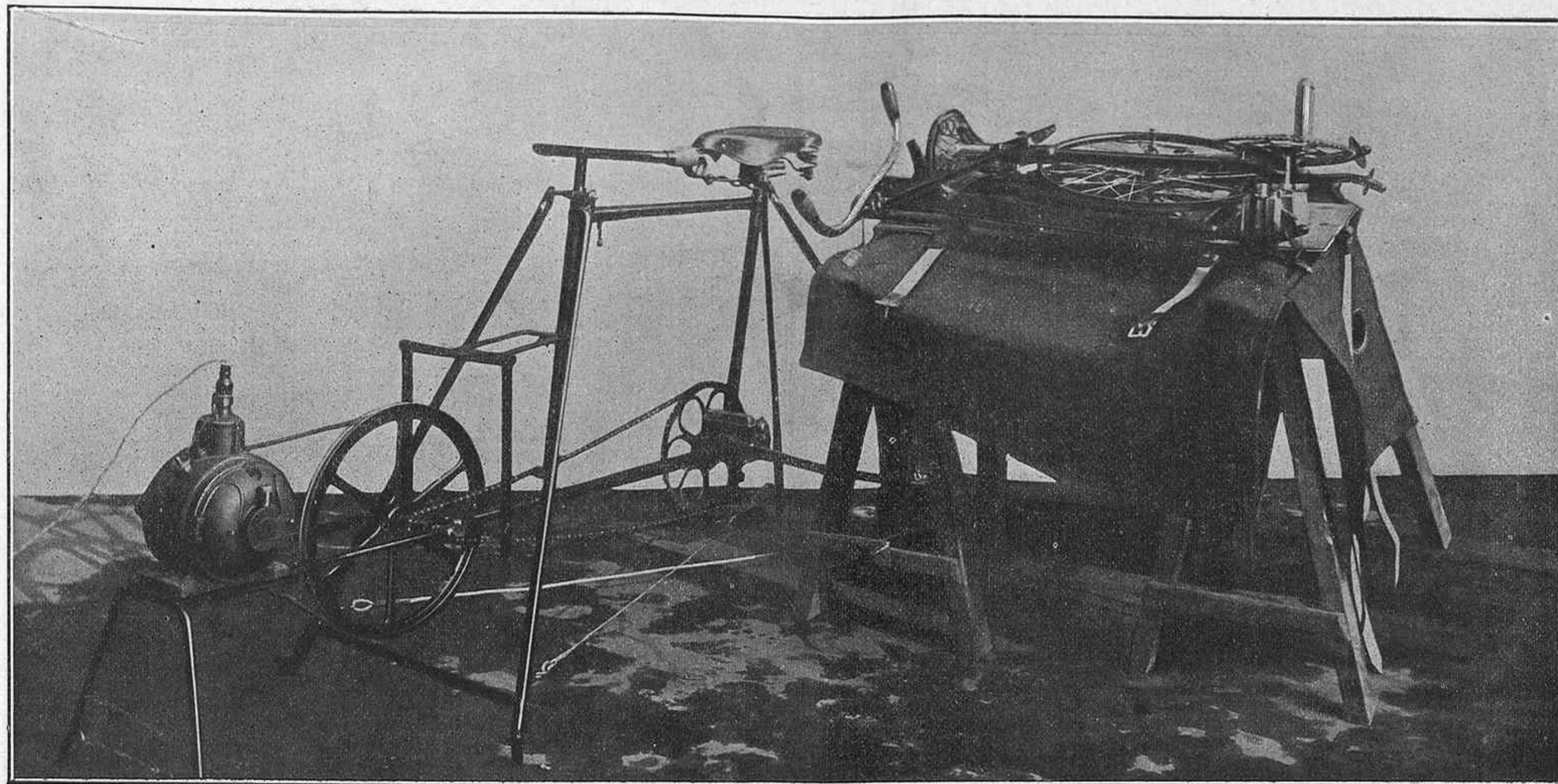
Paisaje de invierno en Noruega, cuadro de Federico Thaulow

en Francia, y sus efectos del atardecer en los pequeños puertos pesqueros franceses ó en los tranquilos rincones provincianos no han sido menos saboreados por el público que sus recuerdos de viaje, de Italia en particular, en donde pintó un maravilloso *Puente de Verona*.

Además se le debe el haber contribuido, en unión de Rafaelli, á enaltecer nuevamente el grabado al agua fuerte y en colores; y aunque se limitó á reproducir en sus planchas grabadas aquellos de sus cuadros que mayor éxito habían tenido, y aunque procuró ante todo dar en ellas la ilusión del lienzo pintado, más bien que crearse para esa clase de trabajos una técnica especial, sus composiciones en colores han sido tan celebradas como sus cuadros al óleo.

El hombre resultaba en él tan atractivo como el artista. El solo aspecto de aquel gigante de facciones regulares, de mejillas de brillante frescura encuadradas por una barba rubia ensortijada, inspiraba simpatía; y cuando el retratista Jacobo Blanche representó hace unos quince años, en una obra, que es tal vez la mejor por él producida, á Federico Thaulow rodeado de su esposa y de sus hijas, el lienzo se hizo en seguida popular: tan encantadoras eran la cordialidad, la bondad y la franqueza que aquellas fisonomías respiraban.

El cuadro que como muestra de su talento reproducimos en esta página permite formar cabal concepto del modo de ser del celebrado artista, que recibía las impresiones directamente del natural, sentía hondamente los hermosos espectáculos de la naturaleza y sabía trasladar á la tela sus visiones y sus sentimientos de una manera magistral. En ese paisaje del Norte pueden admirarse la majestad y grandiosidad que ofrecen aquellas regiones cuando el invierno tiende su manto asolador sobre los poblados.—S.



Telegrafía sin hilos.—Instalación de campaña en Nauen (Alemania). Aparatos de la estación receptora

LA TELEGRAFÍA SIN HILOS EN NAUEN (ALEMANIA)

Desde que, hace unos diez años, el italiano Marconi descubrió la telegrafía sin hilos, utilizando las ondas hertzianas, el invento, que bien puede calificarse de prodigioso, se ha ido estudiando por todas las naciones civilizadas, las cuales han podido comprobar las ventajas inmensas que así en tiempos de paz como en época de guerra reporta ese sistema de comunicación.

Todos los principales ejércitos han hecho ensayos de la telegrafía sin hilos con excelentes resultados, y en la última guerra ruso-japonesa prestó tan excelentes servicios, que á ella se debió indudablemente en

gran parte la brillante victoria conseguida en el mar del Japón por el almirante Togo sobre la escuadra de Rodjeswensky.

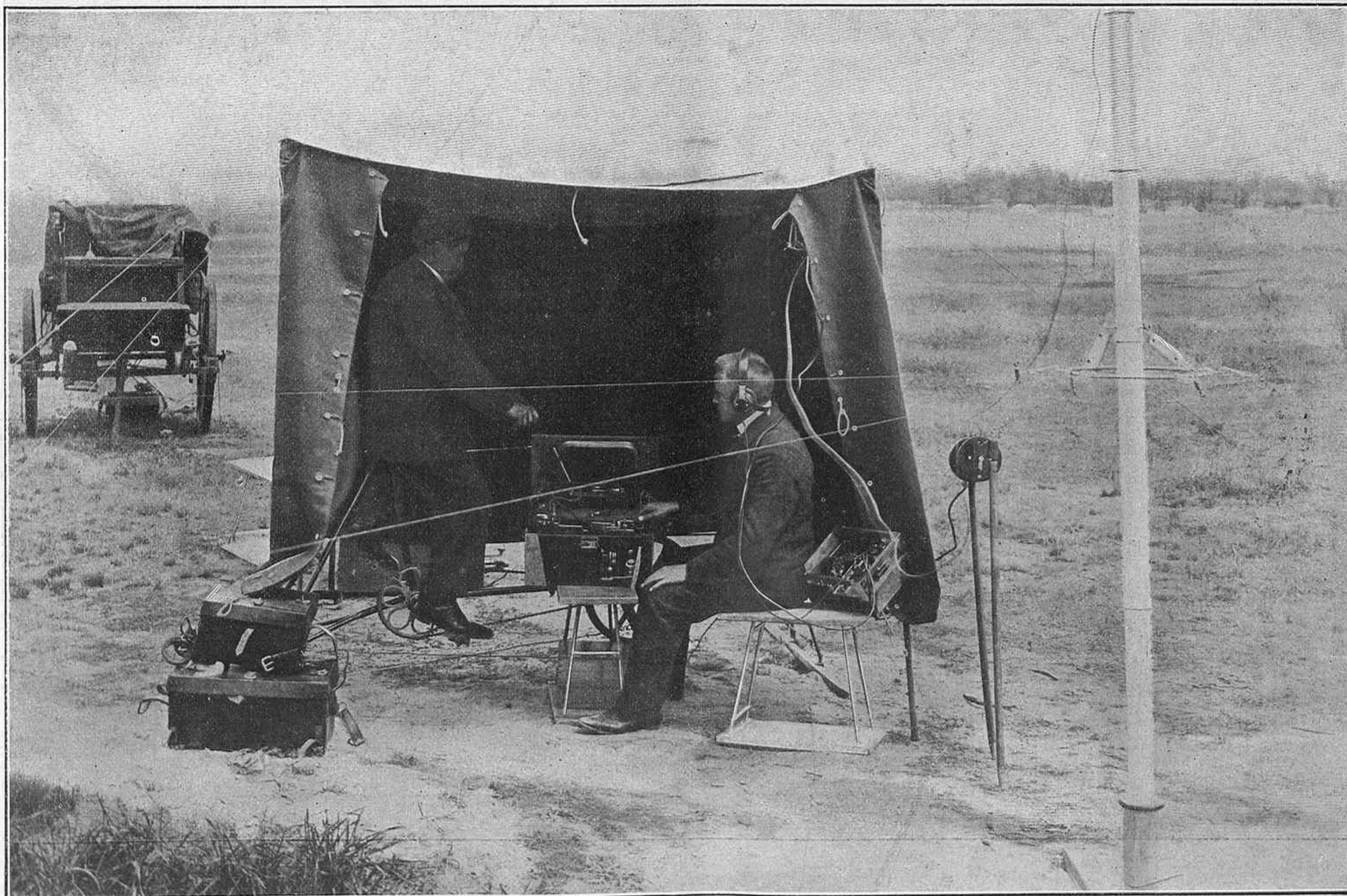
Muchas son las instalaciones montadas hasta el presente; pero indudablemente una de las más interesantes es la de Nauen (Alemania). Consta esa instalación de dos estaciones, transmisora y receptora: la primera tiene en un local especial una locomóvil con una dinamo para la producción de la fuerza y en otro local contiguo varios aparatos de transmisión, entre ellos uno Morse para la expedición de los telegramas.

Fuera de la estación hay una especie de torre de cincuenta metros de altura con una escalera de caracol en su interior, provista de un cable, por el cual se transmite la electricidad al extremo superior desde

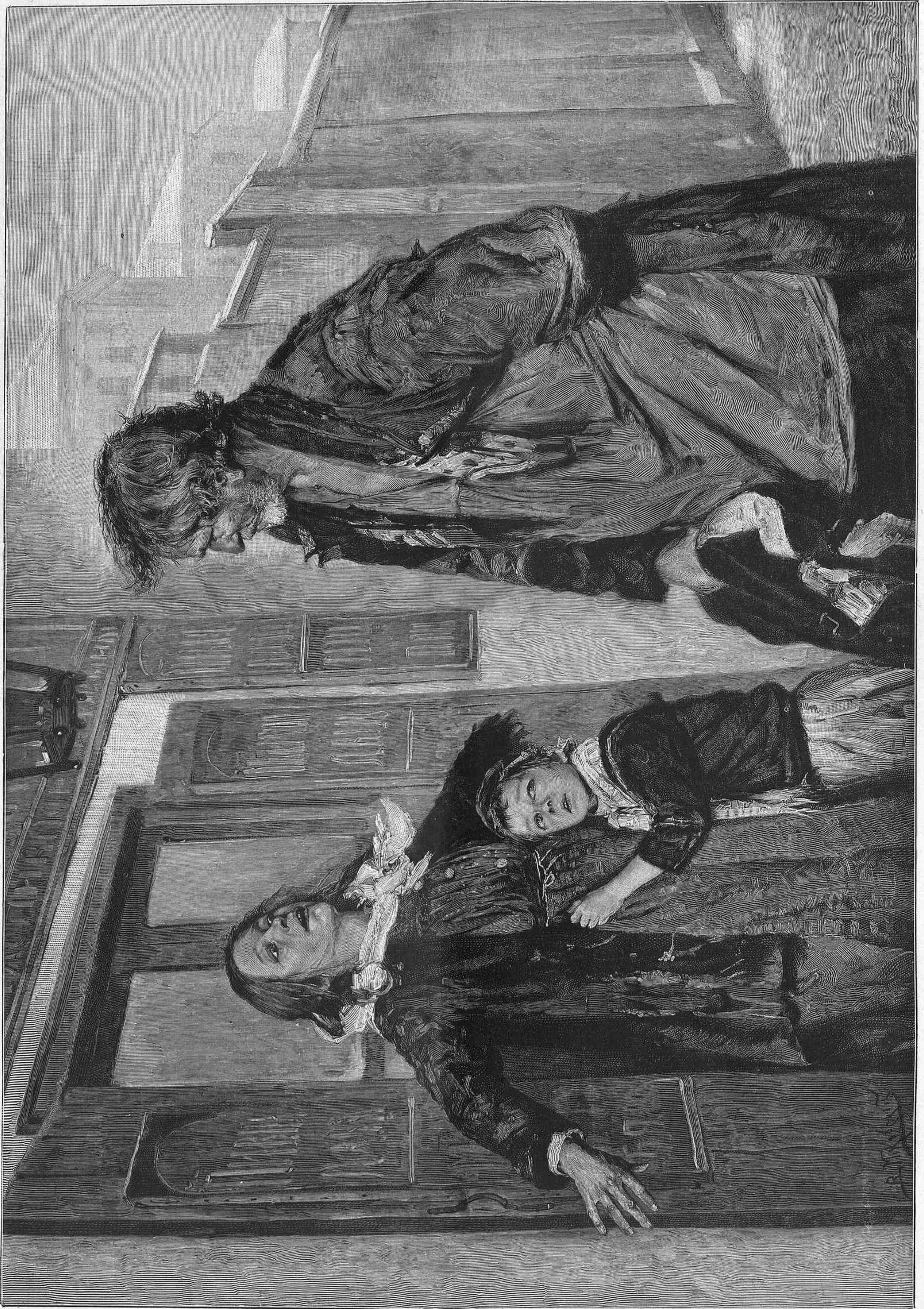
donde ha de propagarse al través del aire. La estación receptora está instalada en el campo y tiene también una dinamo para producir la corriente; esa dinamo es movida por un velocípedo de construcción en extremo ingeniosa, según puede verse en los grabados de esta página; en el exterior hay una percha de 25 metros de alto que recoge los despachos transmitidos por la otra estación.

Toda la instalación puede ser desmontada y transportada de un sitio á otro por medio de caballerías, lo cual hace que sea perfectamente utilizable en tiempo de guerra.

Inútil es encarecer las ventajas que esto representa y que han podido ser perfectamente apreciadas en las importantes maniobras efectuadas hace poco por el ejército alemán.—R.



Telegrafía sin hilos.—Instalación de campaña en Nauen. Estación receptora. (De fotografías de E. Frankl, de Berlín.)



EL BORRACHO, cuadro de K. F. Makowski



LA ESCUELA DE ATENAS, copia del notable fresco de Rafael existente en el Vaticano. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

D. SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL

En la crónica que publicamos en otro lugar de este número, D.^a Emilia Pardo Bazán se ocupa de la concesión del premio Nobel á D. Santiago Ramón y Cajal. Nada hemos de añadir al elogio que del eminente histólogo hace nuestra eximia colaboradora; tampoco estimamos necesario adicionarlo con la biografía del sabio ilustre, que puede sintetizarse diciendo que Cajal ha consagrado toda su vida á la cátedra y al laboratorio, ni con la enumeración de sus trabajos y de sus descubrimientos importantísimos, que son universalmente conocidos y admirados.

Al honrar hoy las páginas de LA ILUSTRACION ARTÍSTICA con su retrato, nos limitamos á adherirnos con entusiasmo al homenaje de felicitación que España entera le tributa en estos momentos y á compartir calurosamente la satisfacción inmensa de todos los españoles al ver solemnemente consagrada una de nuestras más grandes glorias nacionales.

ERMETTE NOVELLI

De paso para América, ha permanecido unas pocas horas en Barcelona el eminente actor italiano, á quien tantas veces ha aplaudido nuestro público. Aprovechando su corta estancia entre nosotros, dió una representación en el Eldorado, poniendo en escena *Alleluia*, de Marco Praga, y un monólogo, *Noche fatal*. El teatro estaba brillante y Novelli alcanzó un triunfo inmenso, recompensa merecida de una labor maravillosa.

Cuanto dijéramos de la perfección con que representó y de la ovación que obtuvo, sería pálido reflejo de la realidad; la representación fué una verdadera solemnidad artística.

Al día siguiente embarcó con rumbo á la Habana en el vapor *Antonio López*.

ASAMBLEA DE DIPUTACIONES PROVINCIALES

Terminadas las sesiones de la asamblea reunida en esta ciudad y de la que han resultado acuerdos de grandísima importancia, la Diputación Provincial barcelonesa obsequió á los

EL BORRACHO, CUADRO DE K. F. MAKOWSKY

(Véase el grabado de la pág. 752.)

Hay en ese cuadro un drama de emocionante intensidad: el bebedor dispónese á entrar en la taberna, la esposa le cierra el paso con ademán sublime, síntesis de una desesperación que ha llegado al paroxismo; el hijo, abrazado á su madre, dirige una mirada entre suplicante y temerosa al que es causa de todas las tristezas del humilde hogar.

Tan emocionante, tan intenso como el drama es el lienzo de Makowski; las figuras están trazadas con vigor admirable, y los sentimientos que les dominan hállanse expresados con naturalidad asombrosa. De aquí la impresión profunda que produce en nosotros su contemplación.

LA ESCUELA

DE ATENAS

FRESCO DE RAFAEL

(Véase el grabado de la página 753)

Consérvase ese fresco en la *Camera della Segnatura* del Vaticano y se considera como la obra capital del incomparable maestro de Urbino. Mucho se ha discutido acerca del sentido de esa composición; pero la opinión más generalmente admitida es la de que re-

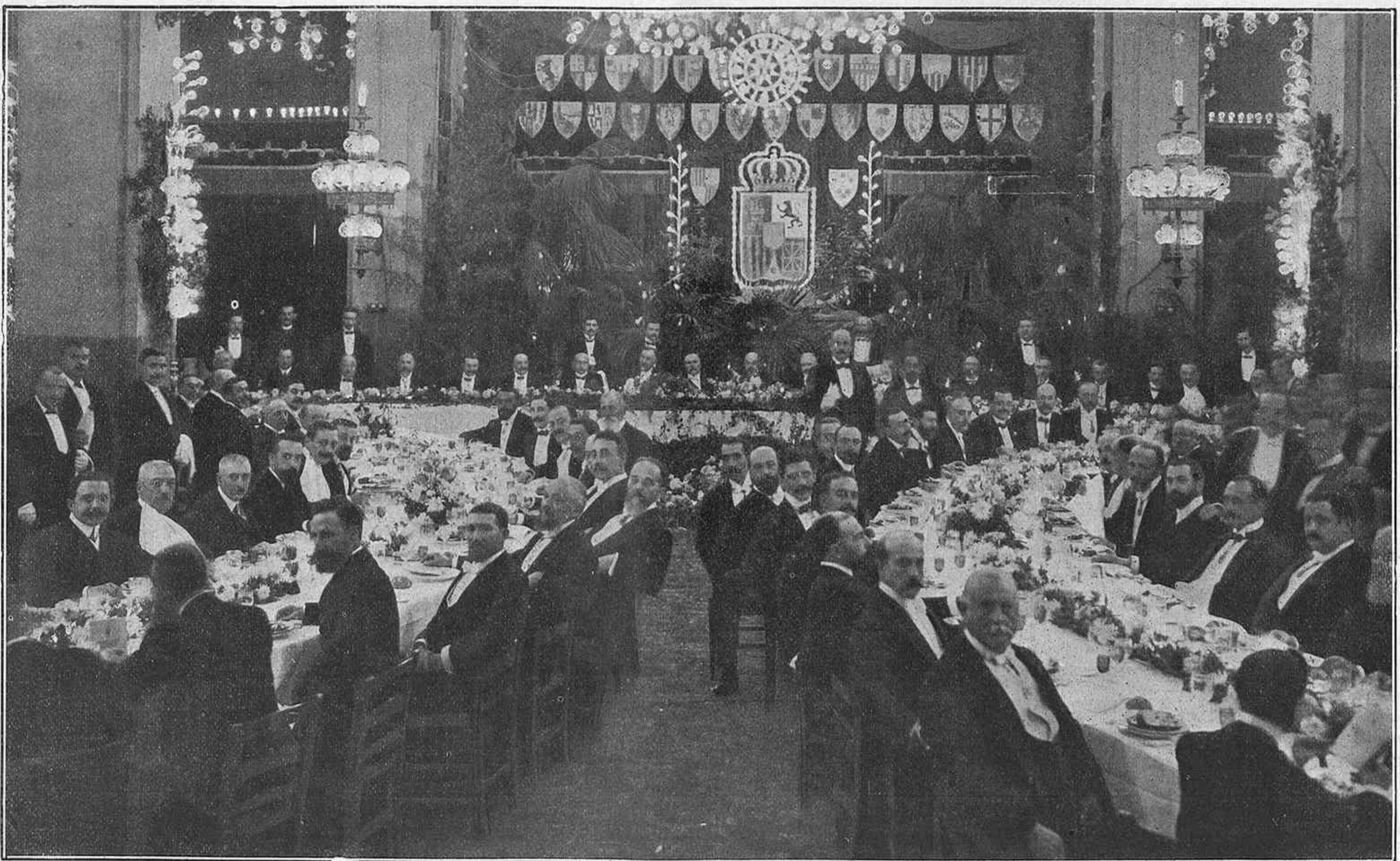
presenta el desenvolvimiento de la historia de la filosofía griega. En ninguna otra obra ha mostrado Rafael su genio maravilloso con más fuerza y mayor brillantez que en la *Escuela de Atenas*, en la cual ha dicho la última palabra en el arte de agrupar y distribuir un gran número de personajes, de poner en ellos orden y movimiento, de alcanzar la unidad de impresión por la variedad de las figuras, de representar una sola acción con muchos actores.

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin.
VIOLET, 29, B^{is} ITALIENS, PARIS.

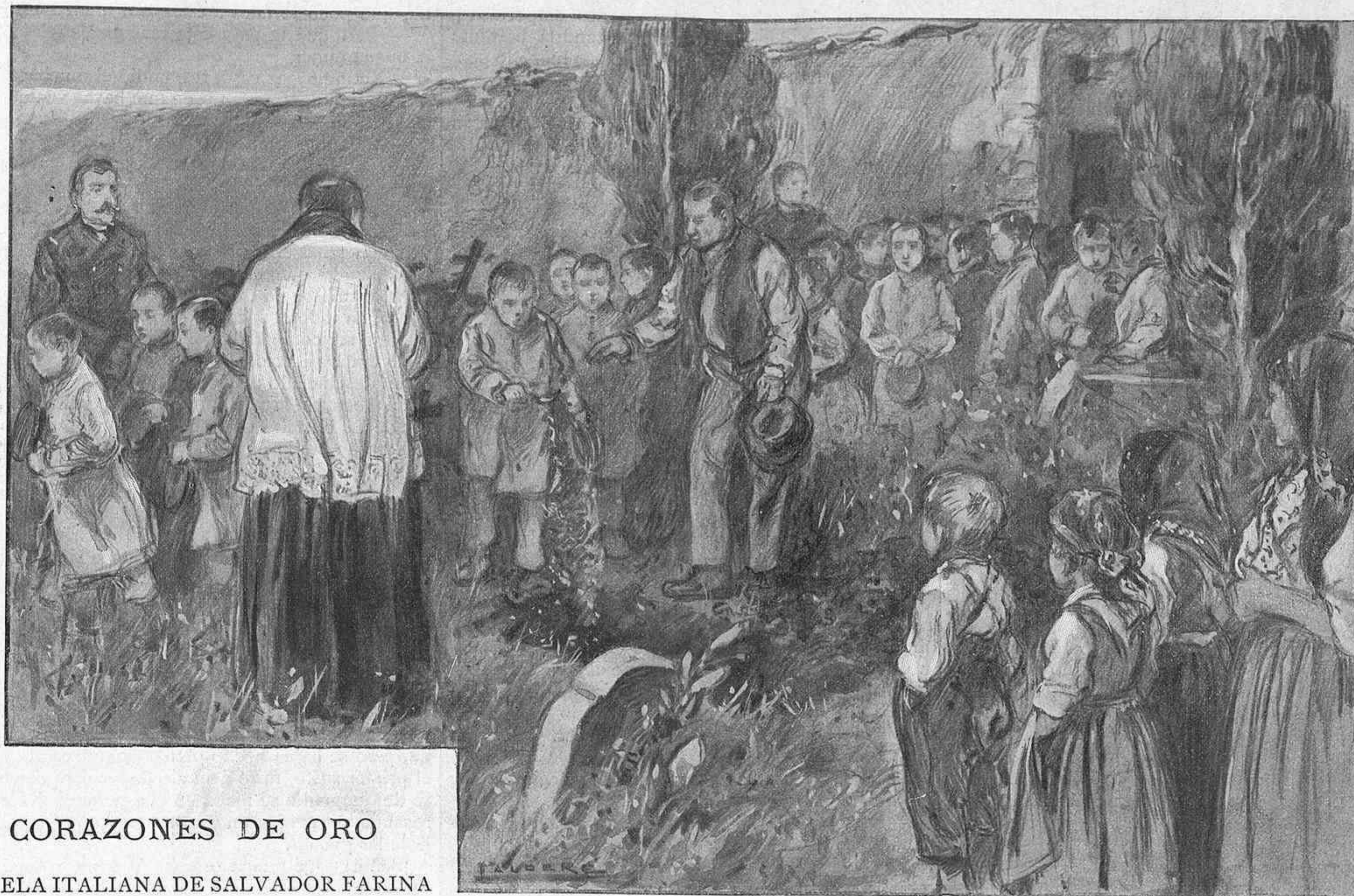


BARCELONA. — El eminente actor NOVELLI y su esposa á bordo del *Antonio López*, en el que se embarcó el día 11 con rumbo á la Habana (De fotografía de A. Merletti.)

asambleístas con un espléndido banquete. Celebróse éste en el Salón de San Jorge, que se hallaba rica y artísticamente adornado, y á él asistieron, además de los representantes de las diputaciones, las autoridades barcelonesas. Pronunciaron elocuentes brindis el alcalde de Barcelona Sr. Sanllehy y los señores Clavijo, de Sevilla; Guiamet, de Barcelona; Testor, de Valencia; Millán, de Cáceres; Losas, de Gerona; Vila, de Tarragona; Bañeres, de Lérida; Ruiz Rafioy, de Zaragoza; Cruells, de Barcelona; Tapia, de Lugo; Llorente, de Soria; Quintana, de Santander; Tojo, de la Coruña, y Sostres, presidente de la Diputación de Barcelona. Todos fueron muy aplaudidos.



BARCELONA. — BANQUETE CON QUE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL OBSEQUIÓ Á LOS REPRESENTANTES DE LAS DEMÁS DIPUTACIONES PROVINCIALES QUE HAN CONCURRIDO Á LA ASAMBLEA. (De fotografía de A. Merletti.)



CORAZONES DE ORO

NOVELA ITALIANA DE SALVADOR FARINA

ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONTINUACIÓN)

El enfermo alzó los ojos, y al reconocer á su amiguito, le sonrió; entonces Desiderio se acercó á la cabecera de la cama. Coppa, que permanecía en la puerta, sentíase conmovido y agitado por algo que se parecía á los celos, y le parecía estar solo, á pesar de tener á sus espaldas al vicedirector.

—¡Julio!, dijo Desiderio con voz conmovida en la que temblaba una lágrima reprimida. Julio, ¿cómo estás?

—Estando tú aquí, me siento bien, respondió el muchacho, y siguió levantando los soldados caídos con la suprema indiferencia de quien no se considera como otra cosa que como un soldadito caído en el amplio mundo.

Desiderio no sabía qué decir, y entonces el enfermo volvió la cabeza hacia él con gran fatiga y murmuró: —Has hecho bien en venir.

—¡Pobre Julio!, exclamó Desiderio. Creí que te encontraría ya curado.

—Pronto, respondió Julio, dejando caer la cansada cabeza sobre las almohadas.

Y al leve choque, hasta los soldados de plomo se cayeron como personas fatigadas.

Después de un instante de silencio, durante el cual Desiderio acarició la delgada carita del enfermo, éste preguntó:

—¿Quién es ese muchacho?

—Es Coppa, respondió Desiderio vacilante, pues pensaba que acaso no era conveniente enterar á Julio de que su antigua cama estaba ocupada y al mismo tiempo no sabía cómo avisar al nuevo amigo.

—¿Es un chico nuevo?, preguntó Julio.

—Sí, es un chico nuevo; le he dicho que venía á verte y ha querido también venir, porque hemos hablado tanto de ti...

Desiderio se ruborizó apenas hubo dicho esa mentira inocente que le había parecido necesaria.

—¿Por qué se ha quedado ahí, en la puerta?

—Coppa, dijo Desiderio; acércate, que Julio quiere verte.

Coppa se aproximó y preguntó bruscamente:

—¿Cómo estás? ¿Cuándo te pondrás bueno?

El enfermo no contestó, pero clavó un momento sus ojos, que brillaban á causa de la calentura, en el semblante del Loco.

—¿Tienes madre?, le preguntó.

Y cuando supo que nunca la había tenido, porque Coppa así se lo dijo, cerró los ojos murmurando algo que los muchachos no entendieron bien.

En aquel instante sonó la campana y Julio dijo:

—¡La clase!

Entonces Desiderio se inclinó sobre la almohada del enfermito y le besó en la frente.

—Volveré, dijo; ponte bueno.

—Ponte bueno, repitió Coppa.

Julio miraba fijamente la ventana que tenía enfrente y por la que llegaba hasta él un rumor confuso del patio; eran los compañeros que entraban ruidosamente en el aula.

—Se me figura que los estoy viendo, dijo el enfermo. Me gustaría volver una vez aún á clase para saludarlos á todos.

Desiderio no contestó; tenía el corazón oprimido. Coppa contestó por él:

—Los saludaremos nosotros..., pero prométenos que te pondrás bueno.

—Pronto, dijo Julio.

Aquel día, en la clase de la tarde todos los escolares de la segunda pudieron leer, escritas en grandes caracteres, las siguientes palabras que ocupaban toda la pizarra: *Julio, enfermo, envía muchos saludos á sus compañeros de clase.* Hasta el señor maestro leyó el escrito y no se sintió con ánimos para borrarlo, ni siquiera para explicar la resta de los números decimales.

IV

Dos días después, el pequeño Julio había muerto y sus compañeros añadieron un *de profundis* á su oración antes de acostarse. Aquella noche Coppa no pudo dormir; el cadáver de Julio fascinaba desde lejos su imaginación juvenil, y si el reglamento no lo hubiese prohibido, habríase levantado á media noche para ir á llenarse el alma de terror junto á la cabecera del lecho mortuorio.

Mas no derramó una lágrima y procuró consolar en voz baja á su amiguito, que reprimía sus sollozos sobre la almohada hasta que á traición le cogió el sueño.

Cuando al día siguiente todos los huérfanos de la segunda elemental fueron llamados para asistir al oficio de difuntos en la capilla, y formados en parejas se encaminaron al camposanto, en pos del pequeño ataúd, Desiderio se puso á llorar de nuevo y de nuevo trató Coppa de consolarlo. Y cuando Julio fué bajado á la fosa y sus compañeros comenzaron á echar puñados de tierra sobre el ataúd sonoro, Coppa, que lo había observado todo atentamente, llamó aparte á Desiderio y le dijo:

—No era un muchacho, valiente; vale más que se

haya ido con su madre, porque nunca habría hecho fortuna.

—¡Sí, quizás es mejor!, respondió Desiderio secándose la cara mojada por las lágrimas.

En todo el camino hasta que hubieron regresado al hospicio, nada hablaron los dos muchachos; pero durante el recreo extraordinario que les esperaba, en vez de la clase, apenas llegados, Coppa se apartó á un lado con Desiderio y le dijo:

—Ahora que ha muerto Julio, tu amigo soy yo, no es verdad?

Desiderio hizo un signo afirmativo; pero no se sentía muy tranquilo con aquel preámbulo que anunciaba una ceremonia temida.

—Debemos beber nuestra sangre, aseguró el Loco; es necesario. No tengas miedo; no es nada. Tú beberás primero la mía; mira cómo se hace...

Y así diciendo clavóse la punta de una aguja en la yema del índice haciendo saltar algunas gotas de sangre; pero Desiderio se negó rotundamente á imitarle.

—No es precisa la sangre para ser amigos. ¿No lo hemos jurado?

Aquella debilidad no hizo gran honor á Desiderio en el concepto de Coppa; pero éste fué generoso y perdonó. Únicamente dijo con acento severo:

—Si es verdad que eres mi amigo no has de tener secretos para mí; dime todo lo que piensas. Pero para que veas que lo sé, te diré que estás enamorado.

Coppa era un muchacho terrible; había puesto el dedo precisamente en mitad del corazón de su amiguito, á quien le fué imposible negar una verdad que saltaba á los ojos de la gente. Mas no por esto se sintió Desiderio afligido, al contrario; tenía, como todos los enamorados, gran necesidad de confiar su secreto á alguien que supiese entenderlo, tanto más cuanto que entre su enamorada y él no había habido más que un cambio de miradas, que, como dijo él mismo, dicen poco, pero dan á entender...

—Sí, dan á entender, le respondió Coppa; y á veces menos que con los ojos se dice con los labios... Yo mismo...

—¿Tú?

Sí, él, se había enamorado dos veces y no había sido nunca capaz de declarar su amor. Pero ¿se había encontrado en alguna ocasión solo con su enamorada? ¡Ya lo creo! Cuando estaba en la tienda y por razones profesionales iba á las casas de los señores, había visto una vez á una mujer. ¿A una mujer? Sí, á una mujer, tan guapa, tan guapa... como..., no sabía como quién; no había en el mundo mujer tan hermosa como ella, la llamaban doña Lucía y estaba casada con una especie de coronel..., un hombrón así

... comenzaron á echar puñados de tierra sobre el ataúd...

de alto. Pero nunca había hablado con ella, y no por miedo al marido; no sabía por qué.

Desiderio permanecía con la boca abierta escuchando la historia de aquellos amores extraordinarios.

—¿Y la otra vez?, preguntó.

—La otra vez hablé, respondió, porque estaba pintada... Pero, apresuróse á añadir para evitar la burla, me miraba siempre; yo iba de un lado á otro y ella me seguía con los ojos hasta la puerta. Hasta me parece que movía la cabeza, mas de esto no estoy bien seguro...

—¿Dónde viste á esa mujer pintada?

—En la antesala de una casa de señores.

—¡Oh, cuánto me gustaría saber pintar una mujer tan hermosa!

—La pintarás; y yo, cuando seré rico, te la pagaré bien y la colocaré en mi palacio...

Puestas las cosas en ese terreno, no quedaba el menor pretexto para retrasar la confidencia, y Desiderio, aunque titubeando todavía, se expresó de esta suerte:

—Mi amada no tiene más que ocho años y sólo la he visto en el locutorio al través de los cristales de la ventana, pero ha comprendido que la quiero y me ha dado á entender que también ella me quiere. No sé cuándo podrá hablarle; viene con una mujer á visitar á uno de los de la sección de mayores y yo no puedo ir al locutorio porque á mí nunca viene á verme nadie.

Decía esto sin falso sentimentalismo, pero con la tristeza del que ve oponerse un obstáculo á su sentimiento y no sabe aún cómo habrá de vencerlo.

—¿Cómo se llama?, preguntó Coppa.

—Esperanza.

—El domingo me la enseñarás al través de los vidrios y le hablaré por ti; ya me dirás lo que haya de decirle. No temas que te la robe, primeramente porque no me gustan las chiquillas, y luego porque somos amigos.

—¿Y le hablarás?

—¡Ya lo creo que le hablaré! Mi tía viene á verme algunas veces y yo le diré que no puedo estar sin verla todos los domingos...

Sonó la campana; el recreo había terminado.

—¡Muchachos, á clase!

Habíasele concedido á Coppa que ensayara sus propias fuerzas en la clase segunda elemental, por más que sus conocimientos, puestos durante tanto tiempo en contacto con los zapatos más viejos de cuantos se veían en los tenduchos de la Puerta Garibaldi, habían perdido toda su frescura y necesitaban más de un remiendo; pero él había prometido al señor maestro aprender en un mes todas las nociones científicas que son ornamento de la inteligencia en la segunda elemental, y podía tenerse la seguridad de que no faltaría á su palabra.

Tenía una memoria pronta y tenaz, y fué para él cosa de juego colmar las lagunas gramaticales y aritméticas que le separaban de sus colegas. Cuando tuvo asegurado por todo el año, en el aula y en el dormitorio, su puesto al lado de su nuevo amigo, dióse por satisfecho. El maestro le dijo que si continuaba así, es decir, adornándose con las nociones científicas, podía llegar á ser uno de los primeros de la clase; pero él no continuó como había pensado, porque tenía en la cabeza cosas bien distintas de las nociones científicas del señor maestro. En efecto, vivía ya en su mundo fantástico, más allá de las paredes de aquel hospicio que le parecía enteramente una cárcel, y tenía aspiraciones ignotas á la infancia, deseos extraños y curiosidades á las que ningún libro de la escuela sabía contestar.

—¿Por qué no naciste rico?, preguntó un día á Desiderio.

—¿Y tú?, respondió éste riendo.

—¿Por qué hay gente que nace rica y otra que siempre tiene hambre? ¿Lo sabes?, interrogó Coppa con gran seriedad.

Su compañero lo ignoraba; quizás el maestro lo sabía, pero no había querido decirselo.

—Sin embargo, añadió el Loco, hay personas que nacen pobres y luego se enriquecen.

—Trabajando, repuso Desiderio sin gran convencimiento.

—Sí, trabajando, pero no de zapatero remendón. Quisiera tener tantas liras como remiendos puso mi padre hasta que se murió; y no obstante, hay gentes que no echarían un remiendo por dos liras ni por cuatro. Lo mismo haré yo cuando sea rico. ¿Y tú?

Desiderio no miraba tan lejos; cuando estuviese en la sección de los mayores y pudiese aprender dibujo, no querría nada más.

—Eso se te figura ahora; cuando lo habrás logrado, querrás otra cosa. Yo, en cambio, no...

El, mas avisado, quería desde luego un hermoso

coche con dos caballos y dos criados empolvados; pero no había decidido todavía si tendría bastante con un millón ó si querría mil millones; luego lo pensaría.

En esto, llegó el domingo.

—Se me ocurre una idea, había dicho Coppa á su compañero; escribe á tu amada y yo le entregaré la carta, diciéndole que eres tú quien se la envía.

—No sabe cómo me llamo...

—No importa; te colocarás detrás de los cristales, yo te señalaré y ella en seguida comprenderá..., las muchachas son muy listas.

—¿Y si alguno se entera?

—Déjame á mí..., tú escribe...

Y Desiderio no había podido resistir á la tentación y había escrito:

«Esperanza mía: Soy aquel que te contempla siempre al través de los vidrios del locutorio y que te quiere tanto. No puedo ir al locutorio porque nadie viene á verme; no tengo madre, no tengo parientes; pero si tú no me abandonas, no estaré nunca solo. Supe tu nombre un día que tu madre vino sin ti; tu hermano, apenas la vió, preguntó: «¿Y Esperanza?» No oí nada más porque se cerró la puerta; pero de seguro le respondí tu madre que estabas algo enferma, porque vi en su cara que sufría mientras hablaba. Mucho padecí aquella semana; parecíame que estaba perdido entre la gente; no sé explicarlo bien, mas era algo así. Al verte el domingo siguiente, se me figuró que había encontrado de nuevo mi camino. Conque, Esperanza mía, no me dejes; prométeme que serás mía por toda la vida. Paréceme que teniéndote á mi lado, no me perderé en medio de la gente. Me llamo Desiderio, tengo diez años cumplidos y te quiero mucho.»

Coppa leyó esa carta con mucho recogimiento y se dignó alabar la estructura de la misma.

—No contiene faltas gramaticales; está perfectamente.

Pero claro se veía que se expresaba de aquel modo para no descorazonar á un principiante. Las cartas que él había escrito á la esposa del coronel eran muy diferentes; no serían ciertamente modelos de caligrafía ni estarían exentas de faltas gramaticales, pero eran ardientes, hablaban mejor el lenguaje que es preciso emplear con las mujeres amadas. ¡Si aquella real moza las hubiese leído!

—Porque mira, dijo á Desiderio; á las mujeres les gusta oírse decir: «Hermosa mía, mi tesoro, alma mía;» y luego á las mujeres hay que prometerles siempre algo... Vamos á ver, ¿si prometieses á tu Esperanza cubrirla de piedras preciosas? ¿No, no quieres? Será para otra vez. Por lo demás, tu carta está muy bien.

—Mi Esperanza es modesta, respondió el muchacho mirando al través de los vidrios del locutorio.

De pronto exclamó:

—¡Ahí está!.. ¡Mírala!, añadió mostrando á su amigo el rostro animado por la alegría. ¡Mírala!

—¿Es aquella rubita de ojos azules?, preguntó Coppa acercando los suyos á las junturas de los cristales esmerilados. ¿Aquella de los cabellos sueltos, de?..

Si, aquella era y Desiderio no podía contestarle.

Hubieron de apartarse para que no les descubrieran, porque el acercarse á los vidrios del locutorio era una de tantas cosas prohibidas por el reglamento.

Un momento después, desde la puerta gritaron el nombre de Coppa.

—Presente, contestó el chico colocándose detrás del vigilante que se asomaba buscándole con la mirada. Dame la carta, murmuró al oído de Desiderio; no te alejes y verás...

La recomendación era ociosa. Apenas se había marchado su amigo, cuando ya Desiderio apretaba la cara contra los vidrios, á riesgo de tener que habérselas con el reglamento.

Coppa, así que hubo entrado en el locutorio, comenzó á sentirse turbado por la misión difícil de que se había encargado sin pensarlo mucho. Su tía lo halló más distraído que de costumbre y así se lo dijo; y él distraídamente contestó que era verdad. Una idea le preocupaba. Cada vez que detrás de los esmerilados cristales aparecía el rostro de Desiderio con la nariz aplastada, Coppa comprendía que había llegado el momento de acercarse precipitadamente á Esperanza, y fingiendo que recogía del suelo algo que se le había caído, poner en sus manos el amoroso billete. Pero ¿y si ella no entendía la acción? En el entretanto, pensaba: «Es guapa esa rubita; demasiado pequeña y demasiado desabrida para un hombre como yo, pero de todos modos es guapa. En todo el locutorio no hay una siquiera que pueda compararse con ella.»

Quiso, sin embargo, cerciorarse de si había alguna, y contestó tales extravagancias á las preguntas de su

tía, que poco le faltó á ésta para montar en cólera.

—¿Pero qué te pasa esta mañana?, exclamó al fin la buena mujer.

—No me hagas caso, respondió el muchacho muy serio; ¡estoy tan contento de que hayas venido á verme!.. Prométeme que vendrás todos los domingos.

—Bueno, pero ahora cuéntame algo.

—No tengo nada que contarte; me gusta ver la gente y tenerte á mi lado...

La pobre mujer pensó que no sin razón llamaban á su sobrino el Loco. Sentada en un banco, contentóse con tener entre las suyas una mano del pequeño, dejando que el resto de su persona, cuerpo y alma, estuviese en otra parte.

No, en todo el locutorio no había una mujer que pudiera ser comparada con Esperanza. ¡Cuán afortunado era Desiderio! ¡Diantre! ¡Si envidiaría la suerte de su desgraciado amigo, obligado, para ver á su amada, á mostrarle la nariz aplastada y perdido en la niebla de los cristales esmerilados!

Pero no, no le envidiaba; lo que hacía era buscar á su alrededor alguna mujer de quien enamorarse. No había ninguna; todas eran demasiado viejas ó demasiado feas.

«El billete, el billete,» pareció decirle la nariz de Desiderio golpeando el vidrio; Coppa sintió entonces la necesidad de ser un héroe, y desprendiéndose de su tía, atravesó por entre la multitud de visitantes, pasó rozando á Esperanza, cogióle valerosamente una mano y puso en ella la carta.

—Es de él, dijo sin detenerse.

En aquel momento, desapareció la nariz de Desiderio.

La niña se había puesto encarnada, muy encarnada, pero se había hecho perfectamente cargo; pasado el primer susto, miró á su alrededor para convencerse de que nadie se fijaba en ella, y luego clavó valerosamente sus ojos en Coppa y se sonrió como dándole las gracias.

¡Señor! ¡Qué guapa estaba! Al sonreír dejaba ver sus dientecitos blancos y tersos; y sus grandes ojos azules al mirar parecían desafiar á la gente.

Coppa hizo esas observaciones mientras su tía, atrayéndolo nuevamente á su lado, le arreglaba los pliegues de la blusa para que ésta se ajustase bien al cuerpo; era la ceremonia de la despedida. Aquella buena mujer que acudía al locutorio por simple caridad cristiana, no creía haber cumplido el deber de tía amorosa y poder marcharse tranquilamente á su casa, si no hubiese arreglado la blusa de su sobrino.

—Me voy, dijo.

—¿Tan pronto?, preguntó el muchacho, preocupado en estudiar á la amada de su amigo para formarse una idea clara de ella.

—Me esperan en casa.

En aquel preciso momento, la madre de Esperanza cogió la mano de ésta é hizo ademán de marcharse.

—Bueno, vete, dijo entonces Coppa; pero no faltes el domingo.

Esperanza pareció buscar en el vidrio de la ventana una naricita aplastada que desde hacía un rato no se dejaba ver; después lanzó una nueva mirada de gratitud á Coppa, el cual pensó: «Parece una mujercita,» y fué á decirselo en seguida á Desiderio.

—Tu Esperanza parece una mujercita y es realmente guapa; si no fuese tu novia, la tomaría para mí.

¿Por qué había dicho esto? Porque antes lo había pensado y porque era sincero. ¿No había hecho bien en decirlo? Ciertamente que sí; y sin embargo, cuando hubo pronunciado aquellas palabras, como para quitárselas de la cabeza, vió que mentalmente las repetía; y entonces se le figuró que obraba mal.

Aquella noche el Loco soñó que era loco de veras y que había robado la novia á su mejor amigo después de haberle herido con un cortaplumas para beber su sangre.

Despertóse llorando, y aun después que se hubo cerciorado de que Desiderio roncaba y de que él era inocente, no pudo cerrar los ojos. Pensaba en sus asuntos y descendía al fondo de su propia conciencia para escudriñar, con crueldad infantil, sus defectos; entrevió, y de ello se sintió espantado, esa especie de obsesión que ejerce un mal pensamiento cuando se ha formado del todo; pero en su ingenuidad atribuyóse á él solo la virtud maligna del mismo.

Persistiendo en su error, trató de repetir en voz baja que si Esperanza no hubiese sido de su amigo le habría gustado hacerla suya; pero todavía no vió que la estratagema hubiese ahuyentado de su mente la imagen de la niña como en conciencia se había propuesto. No tenía á su lado nadie que le dijera que las ideas malsanas hay que combatir las en embrión, que negarlas resueltamente mientras se están formando en el cerebro, porque una vez formadas, no basta, para arrojarlas de allí, darse de cabezadas contra las paredes.

Después de un largo desvarío, el muchacho, extenuado, volvió á dormirse y no se despertó hasta que tocó la campana.

Dos ideas habían surgido en su mente mientras dormía, y en cuanto se hubo despertado las vió claras y se las manifestó al amigo: primera, que Desiderio había de ir al locutorio con él, para lo cual bastaba decir á la tía que lo llamase; segunda, que era absolutamente preciso encontrar una novia para él, para el propio Coppa.

VI

Algo más hizo el Loco para ponerse nuevamente en paz consigo mismo; al domingo siguiente, halló manera de acercarse á la pequeña Esperanza y de hablarle de su amigo con lenguaje enamorado. En el vasto locutorio, nadie se fijaba en aquella parejita que se había sentado á platicar en un banco; mientras la tía del uno se ocupaba en hacer calceta y rezar el rosario, y la madre de la otra no tenía ojos más que para su hijo, un robusto mocetón de trece años, Coppa, decía á la muchacha:

—¿No has visto aún á Desiderio?

—Sí, lo he visto, contestaba Esperanza sin falsa modestia.

—¿Cómo lo has hecho para verlo?

—Lo he visto muchas veces, porque cuando hace demasiado calor abren la ventana y entonces puede verse á los que están en el patio.

—¿Te gusta?, preguntó Coppa.

Ni siquiera esa pregunta brutal inmutó á la niña, la cual levantó los ojos indicando con su mirada á su interlocutor la necesidad de no salirse de los límites de la discreción.

—Si supieses cuán bueno es, apresuróse á añadir el muchacho, todavía le querías más. Y luego, ¡tiene un talento!., ¡y un corazón!., ¡y una memoria!.

¿Qué es lo que no tenía aquel día el pobre Desiderio? Tenía todos los dones del cielo excepto uno, la riqueza; pero de ésta se encargaría él, sí, él; porque era indudable que andando el tiempo él, el propio Coppa, llegaría á ser millonario... y en este caso...

No pararon aquí las confidencias que el muchacho hizo á la amada de su amigo; sin darse cuenta de ello, como á veces sucede, para hablar de Desiderio se veía obligado á expresar sus propias aspiraciones, sus propios sueños, sus propios proyectos para el porvenir; pero cuando se percataba de que había perdido el hilo de su discurso, lo reanudaba bruscamente, demostrando de repente una nueva virtud de su amigo.

Así supo Esperanza el juramento que ligaba á los dos Desiderios por la vida y por la muerte, la ceremonia de la sangre y hasta el fallecimiento del pequeño Julio, que había muerto para volver al lado de su madre.

Al final de la hora de locutorio, Coppa, que ya lo había preparado todo con su tía, dijo á la niña que el domingo siguiente vería y hablaría á Desiderio...

Esperanza no se atrevía á preguntar cómo podía ser esto; pero interrogaba con los ojos, y aquellos ojos eran tan grandes y desafiaban tan bien á la gente cuando interrogaban de aquel modo, que el muchacho vió en la necesidad de mirar á un lado y á otro en busca de una novia. Pero ¡ay! entre todas aquellas mujeres jóvenes ó viejas que repartían besos á los huérfanos, no había una sola cuyo beso pudiera valer más que el par de ósculos que le daba su tía al marcharse, ni siquiera más que un beso suelto.

Y acaso Coppa comenzaba á pensar que de buen grado habría besado á la novia de su gran amigo sin el menor asomo de malicia.

Pero otra caricia le distrajo arrancándole á sus meditaciones; su tía, después de haber guardado en el bolsillo la calceta, le daba los dos besos reglamentarios.

La pequeña Esperanza, perdida ya en medio de la muchedumbre, se volvía hacia la ventana en donde se veían aún las huellas de dos labios, la punta aplastada de una naricita y otras partes de una carita cuyos contornos se perdían como envueltos en una niebla.

Coppa se reunió con su amigo en el patio y le anunció la grata nueva.

—Mi tía consiente.

—¿De veras?

—Sí, el domingo te llamará y podrás hablar con Esperanza; y así todos los domingos. Ya no tendrás necesidad de estar detrás de los cristales. ¡Si vieras qué feo te pones cuando tienes la nariz aplastada!.

De suerte que, gracias á su amigo, Desiderio pudo ir al locutorio. Cuando penetró en aquella gran sala que sólo recibía luz por los cristales esmerilados, y oyó el runrún de voces cariñosas en todos los corros, el pobre muchacho se sintió turbado y creyó experimentar por vez primera toda la tristeza de quien no tiene más familia que el hospicio. Mas cuando se hubo acostumbrado á aquella luz escasa, vió en el



—¡Muchachos, á clase!

fondo de la estancia dos ojos llenos de consuelos, los ojos queridos de su Esperanza, y fué preciso que Coppa le diera un amistoso empujón para impedir que se encaminara hacia aquel lado y llevarlo ante todo adonde estaba su tía.

—¿Cómo está usted?, preguntó tímidamente el muchacho.

—Está muy bien, respondió Coppa por su tía.

Y volviéndose hacia la buena mujer, ocupada en sacar de un profundo bolsillo algo que parecía una manzana, pero que no podía ser sino el ovillo de la calceta, le dijo:

—Ese es el amigo de quien te he hablado; no ha venido nunca al locutorio y se figuraba que era una especie de teatro... Pero nos divertiremos lo mismo.

La tía de Coppa se creyó obligada á prometer el paraíso al amigo de su sobrino, si era aplicado y respetuoso y no dejaba ningún día de rezar sus oraciones; y cuando hubo ajustado esa cuentecita con su propia conciencia, se clavó en el costado izquierdo una aguja de hacer media, como si por el camino del martirio quisiera llegar antes al paraíso, y comenzó á contar tranquilamente los puntos.

Entonces los dos muchachos la dejaron sola, y haciéndose los distraídos con arte admirable, plantáronse delante del banco en donde estaba sentada la niña. Esperanza y Desiderio pusieronse encarnados, muy encarnados, porque eran demasiado felices; y Coppa, que tanto había trabajado por aquella felicidad, comprendió que estorbaba, y volviéndose la espalda con desenvoltura, fué á sentarse en un rincón, sin saber por qué, y se abandonó á todos sus amargos pensamientos.

Aquella mujer que hacía calceta y rezaba sin siquiera mover los ojos para buscarle, ¡era, pues, la única persona en la tierra encargada de amarle y de enseñarle el camino del paraíso!

Desde que había venido al mundo, había amado únicamente á su padre, un buen hombre que trabajaba demasiado, ayunaba demasiado y le golpeaba demasiado; á la esposa de un coronel que ni siquiera había reparado en su persona, á una mujer pintada y ahora á Desiderio. Aún habría amado de buena gana á alguien más, hombre ó mujer, porque todo el

carño que no había podido exteriorizar le oprimía el corazón. Parecía que debía lanzarse sobre los dos olvidadizos, que ya no se cuidaban de él y decirles... ¿qué?, que quería ser el siervo de su amor y que le ordenasen inmediatamente alguna locura grande y luego lo pellizcasen hasta hacerle saltar sangre ó acariciasen su cabeza loca.

Allí estaban los dos, solos, olvidados; y él, más olvidado y más solo todavía, figurábase que los protegía con la mirada, y sentía una ternura casi maternal cuando se repetía á sí mismo que que ansiaba ser algo para su felicidad.

En seguida se percataba de la indiferencia de los dos enamorados hacia él; quería poner cara mustia á Desiderio, y en el entretanto se esforzaba en no dirigir ni siquiera una mirada á la niña rubia; pero sus ojos, después de haber recorrido el locutorio, volvían á clavarse en los dos enamorados. Sentados uno junto á otro en un banco, protegidos por su edad, podían charlar como antiguos amigos sin que nadie les molestase; á juzgar por su aspecto, decíanse cosas indiferentes, y hasta la madre de Esperanza, que de cuando en cuando se volvía para mirar á su hija, no sentía la menor sospecha.

Aquel día, la hora del locutorio pareció larga al pobre Coppa, aunque había experimentado un placer malsano al descubrir que era inmensamente desdichado.

Violando por vez primera un juramento hecho por la vida y por la muerte, Coppa nada dijo á su íntimo amigo, y en el resto del día sintió aumentar su propia infelicidad en la lucha que sostuvo entre la necesidad de espontanearse y un nuevo sentimiento, como de venganza, que le aconsejaba guardar para él solo todo el dolor. Y aun á la noche, cuando se hubo acostado, tuvo fuerza para desear un buen descanso á Desiderio y de añadir que tenía mucho sueño, á fin de cerrar la boca del amigo á las expansiones de la dicha y de quedarse á solas con su dolor desconocido.

Generalmente esperaban que se durmieran los niños que más cerca de ellos estaban, para empezar luego á media voz una conversación que tenía el grato sabor del fruto prohibido.

¡Qué lástima que Coppa tuviera tanto sueño cuando Desiderio no podía cerrar los ojos! Sin embargo, el Loco no roncaba todavía y Desiderio quiso ver si dormía preguntándole en voz muy baja:

—¿Duermes?

Coppa tenía los ojos abiertos, pero no contestó; sabía que obraba mal, pero hallaba gusto en ello.

—¿Duermes?, repitió Desiderio.

Sí, era una crueldad no responder; mas le agradaba que todas las voces de su propia conciencia le gritasen juntas: «¡Malo, malo, malo!»

Cuando Desiderio se calló y se volvió del otro lado invocando un sueño que le reprodujese las vagas imágenes de la vigilia, el pobre Coppa sintió toda su propia tristeza y lloró sin saber por qué.

Aquel llanto le alivió; parecióle ver al través de las lágrimas el cuerpecito inanimado de Julio, cuyo lecho ocupaba, y se imaginó que él también se moría, que á la cabecera de su cama estaban Desiderio y su pequeña novia y que, antes de cerrar los ojos para siempre, les decía: «¡Sed dichosos!» Y lo dijo de veras, «¡Sed dichosos!» puesto que Desiderio, que aún no dormía y que había reparado hacía un rato que su amigo tenía un sueño extraño, se volvió de pronto y exclamó:

—Coppa, ¿qué tienes?

—He tenido una pesadilla, contestó el muchacho luchando con las últimas resistencias.

Mas de pronto relató toda la verdad, ó por lo menos la que á él le parecía toda la verdad; es decir, que aquel día se había sentido solo y le había parecido ser muy desgraciado.

Desiderio no acabó de comprenderle; con la mayor sinceridad dijo que también él sentía á veces algo parecido, pero que luego se le pasaba...

—Es preciso dormir, añadió, y pedir al cielo que nos dé un sueño agradable. ¿Has probado de repetir la oración?

Coppa no lo había probado, ni siquiera habría podido probarlo porque no la sabía.

—Yo la sé toda, dijo Desiderio, y á veces cuando no puedo dormir la repito mentalmente y comprendo que me hace un gran bien. Hasta me parece que diciéndola á media voz es más bonita... Oye.

Y con un murmullo que semejava una caricia recitó:

(Se continuará.)

ALGUNAS MUESTRAS DE HOTELES

DE LUCERNA

Probablemente es Lucerna el punto de veraneo más en boga de toda Europa, y en verdad que tiene bien merecida su fama, porque pocos la igualarán en belleza de situación y cercanías.

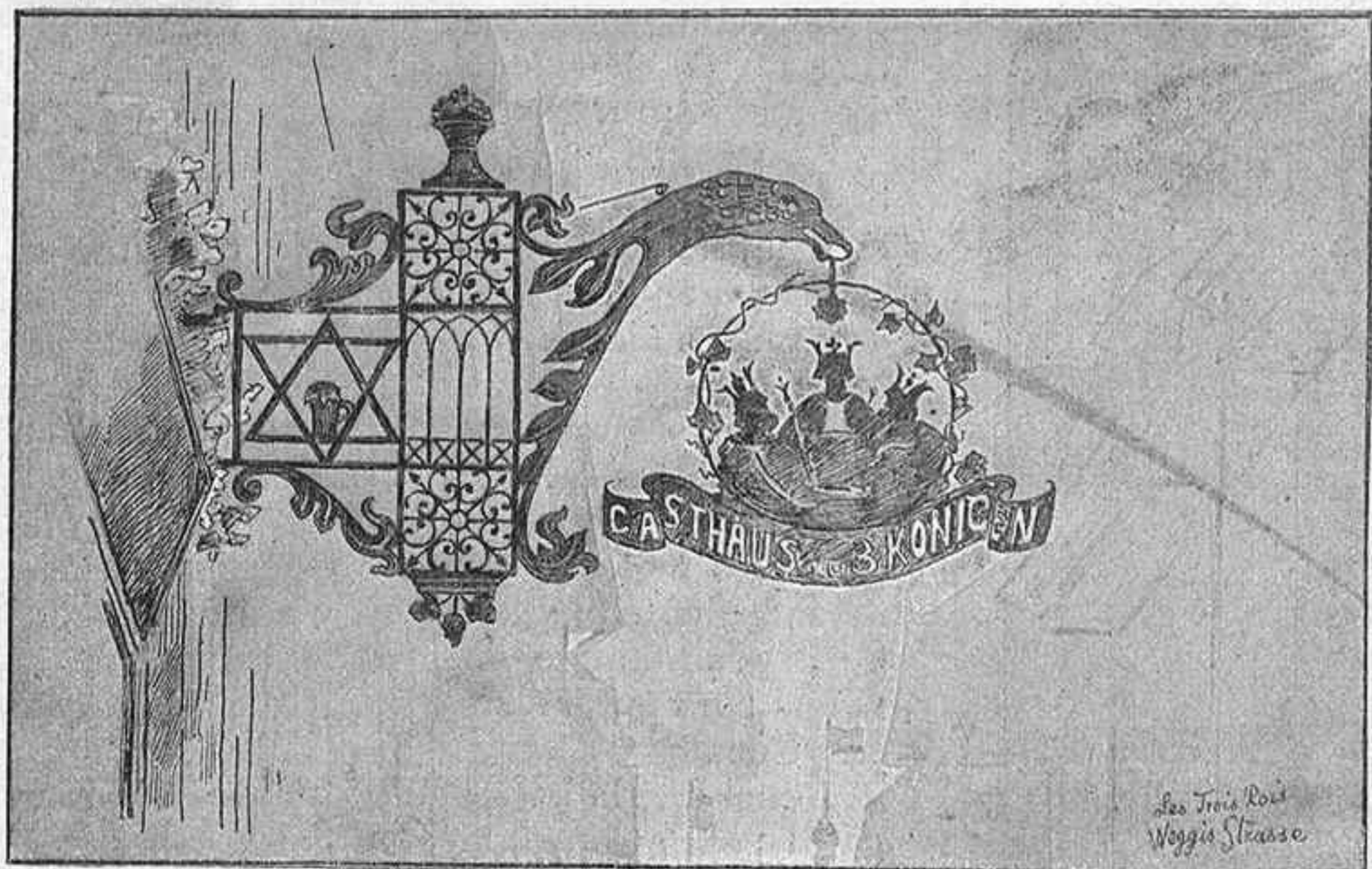


Fig. 1. - Muestra del «Hotel de los tres Reyes»

El frente que mira al lago, con su larga hilera de suntuosos hoteles, lujosos comercios, restaurants, etcétera, presenta siempre un aspecto alegre, y por la noche, las tiendas permanecen brillantemente iluminadas hasta muy tarde, esperando sus dueños atraer parroquianos de entre la animada multitud que, al

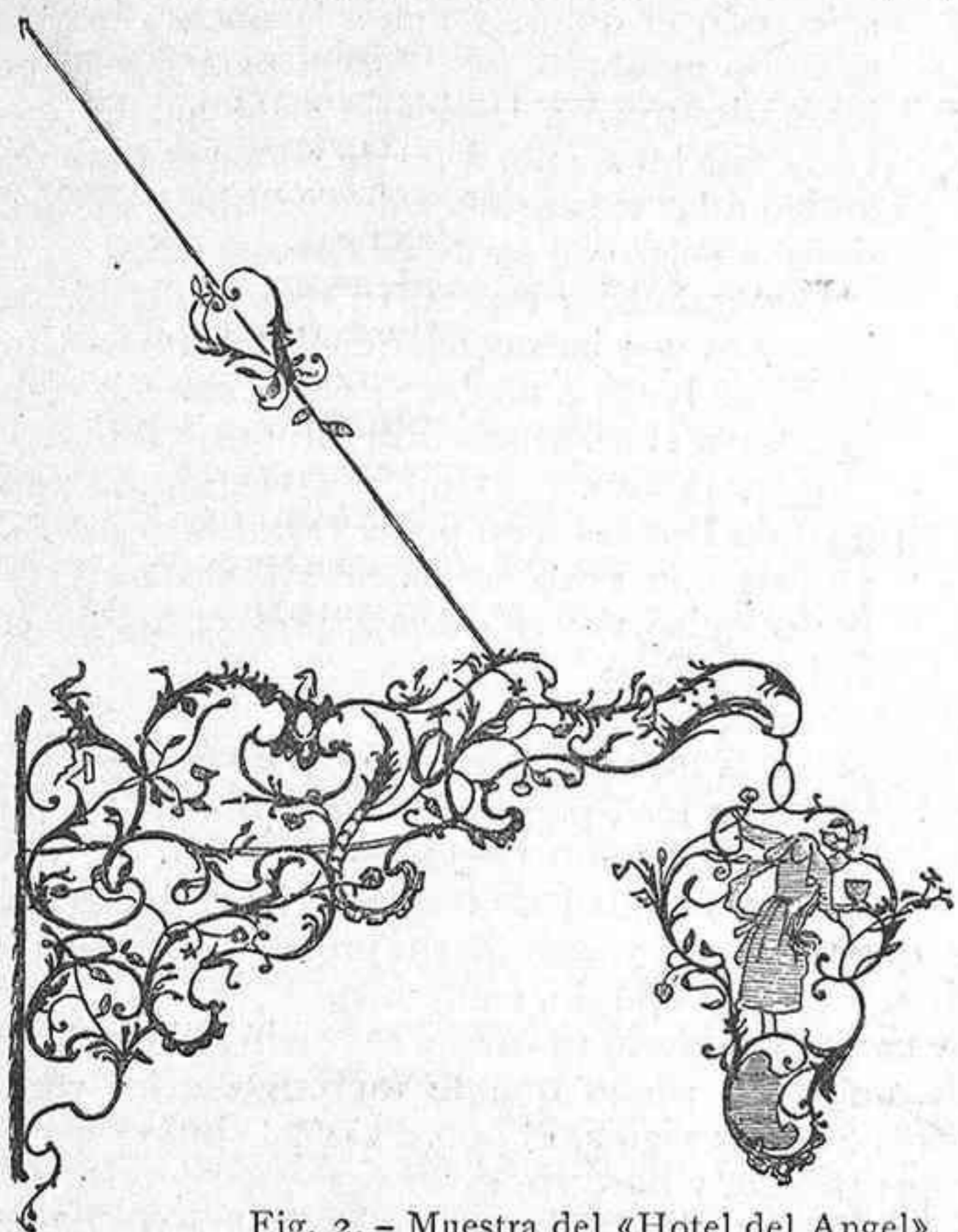


Fig. 2. - Muestra del «Hotel del Angel»

salir de la mesa redonda, se dirige desde los hoteles al Kursaal, al concierto del Stadthof ó á cualquier otra diversión nocturna, después de haber pasado seguramente el día en alguna agradable excursión por las inmediaciones. Entre las cosas que en Lucerna todos los viajeros se creen en el deber de visitar, figuran los dos antiguos puentes cubiertos y de madera que cruzan el río Reuss; y al ir del uno al otro hay que pasar casi inevitablemente por muchas calles de



Fig. 3. - Muestra del restaurant del «Macho cabrío»

la ciudad antigua, la que está tan bien cuidada, arreglada y limpia, que ha perdido mucho de su aspecto original y no parece á primera vista tan digna de interés como lo es en realidad; así es que son muchos los viajeros que apenas se ocupan de ella. El autor del presente artículo anotó muchas cosas que le parecieron dignas de mención; en primer lugar, los frescos que adornan muchas casas en su mayoría son modernos, pero perfectamente concebidos, llenos de vida y de verdadero sentimiento del arte, demostrando que los artistas de la Lucerna de hoy son capaces de producir obras

iguales á las que sus antecesores realizaron, y si puede decirse esto de los frescos, no con menos verdad puede aplicarse á los artifices en hierro, porque la ciudad está llena de los más hermosos trabajos en hierro forjado; muestras, balcones, verjas, etc. En este artículo sólo nos ocuparemos de los que sirven de muestra á los hoteles.

Daremos un paseo por la población, mencionando algunos de ellos á medida que vayan ofreciéndose á nuestra vista. Partiendo de la catedral, en cuyo interior, detrás de las grandes puertas del costado occidental, hay algunos hermosos trabajos de hierro forjado, de los que no damos aquí ningún diseño, y en dirección á la ciudad vieja, se pasa por la Grendel Strasse á la Falken Platz; tomando allí por la izquierda, se sube por la Weggis Gasse y se llega á una antigua posada: *Los tres Reyes*, nombre repetido con frecuencia y cuya muestra (figura 1), de fecha anterior á la de muchas de las que aquí mencionaremos, es muy original. Un poco más lejos, se va por la Eisen Gasse, que es una travesía á la izquierda, á la

Kappell Gasse, haciendo esquina á la cual se encuentra *El León de Oro* (fig. 9). Su muestra es un hermoso trabajo de los hermanos Schnyder; la valiente figura del hombre que brinda un vaso de vino contrasta



Fig. 4. - Muestra del «Hotel Rutli»

admirablemente con los adornos, llenos de gracia, que representan una ardilla, una mariposa y un pájaro que picotea un racimo de uvas.

Desandando lo andado hasta la Weggis Gasse, se ve, un poco más lejos y á la derecha, una hermosa verja, perteneciente á una carnicería; más allá todavía, está la morada de M. J. Bossard, anticuario que se ha tomado gran interés por la conservación de las obras de arte de la ciudad. Tiene una muestra muy bella del siglo XVI, pero de un dibujo tan complejo,

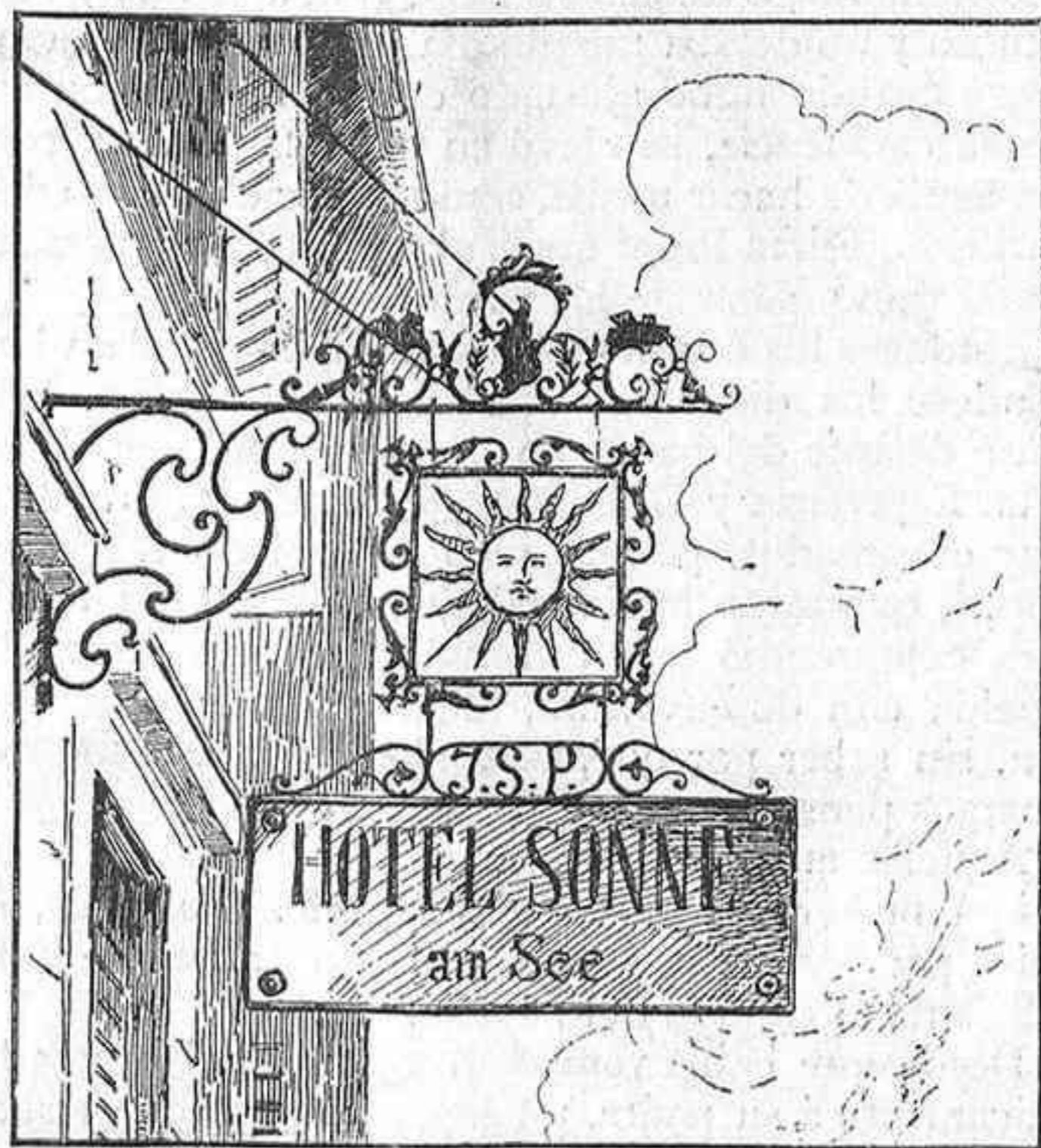


Fig. 5. - Muestra del «Hotel del Sol»

que á causa de la mucha luz que había no nos fué posible sacar un buen dibujo de ella. Luego viene la

Hirschen Platz y en ella el *Hotel del Ciervo*, que tiene una muestra grande y complicada (fig. 6); en el centro está el ciervo mordiendo una hoja, rodeado de

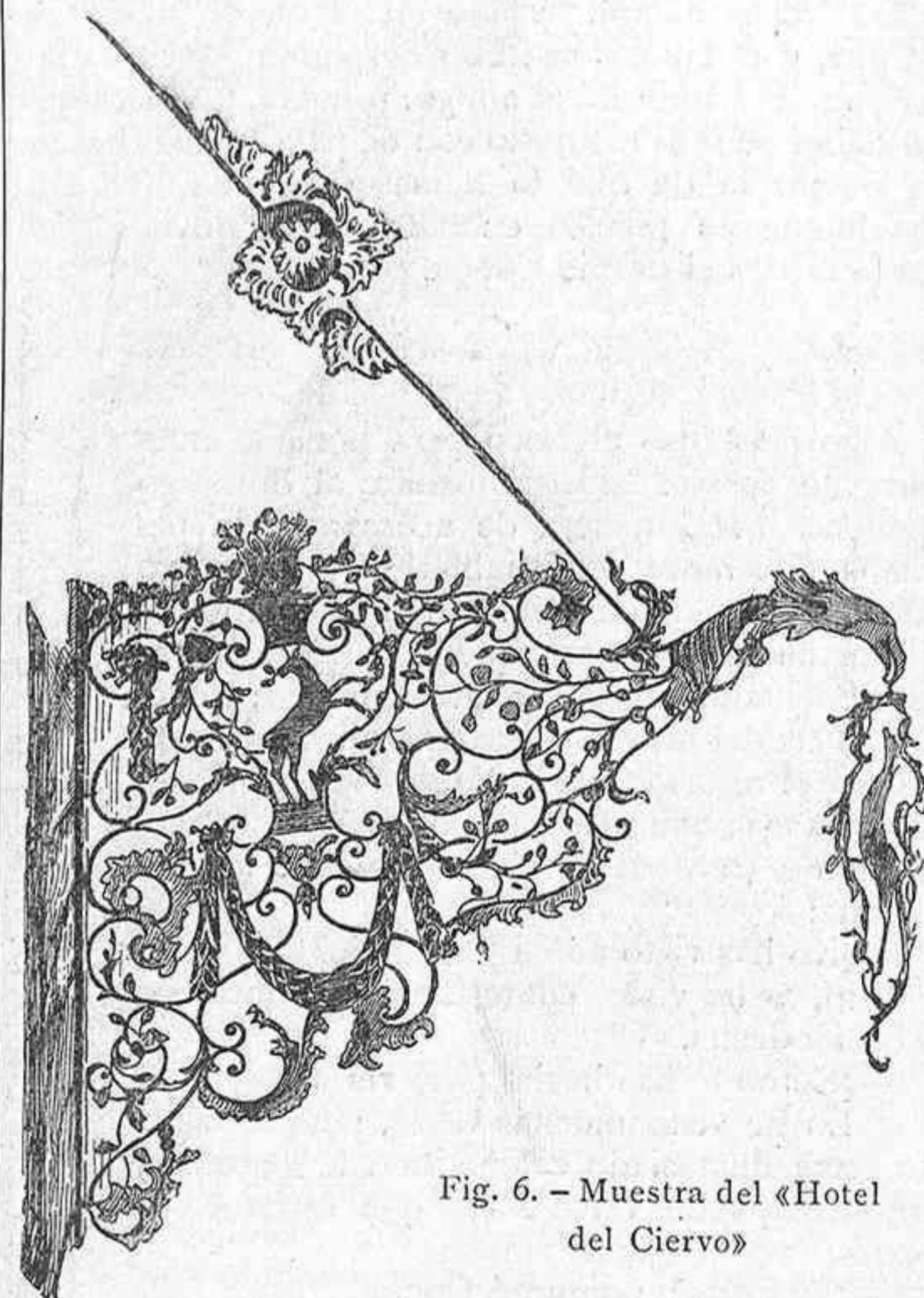


Fig. 6. - Muestra del «Hotel del Ciervo»

adornos y follajes primorosamente trabajados. Esta casa es muy antigua, pero restaurada casi por completo. Más adelante, en la Rossli Gasse, hay una curiosa muestra en el restaurant del *Macho cabrío* (figura 3). Antes de abandonar este lado del río, conviene retroceder hasta el *Hotel de las Balanzas*, situado á la orilla; hay en él una puerta muy elegante, de hierro forjado, que da entrada al restaurant, y un balcón, que atrae las miradas. Contiguo á él está el *Hotel del Cuervo* (fig. 7), sobre cuya entrada posterior pende una antigua muestra; el cuervo está admirablemente hecho. En la Fursen Gasse, que es una callejuela próxima, está el *Hotel del Sol*, cuya muestra se ve reproducida en la figura 5.

Pasando por el antiguo puente de madera, llamado Kappelbrücke, se cruza á la otra parte del río. En la iglesia de San Francisco hay un biombo muy hermoso, obra del siglo XVII; en la Bahnhof Strasse está el



Fig. 7. - Muestra del «Hotel del Cuervo»

Hotel Sauvage (fig. 8) y en la inmediata Pfister Gasse se halla el *Hotel del Oso* (fig. 10), y después, subiendo por una callejuela que parte de la Pfister Gasse, se encuentra el *Hotel Rutli* (fig. 4), cuya muestra se compone de hojas de parra, arabescos y zarcillos. Siguiendo por la Pfister Gasse hacia arriba se tropieza, casi enfrente de la entrada del Sprenerbrücke, con el *Hotel del Angel* (fig. 2), cuya muestra es una de las más lindas de las que aquí reproducimos.

Las citadas muestras de algunos hoteles hacen ver de lo que son capaces los herreros de Lucerna. Si tuviéramos espacio nos gustaría publicar los dibujos de otras muestras, bellas y curiosas, que ahora nos vemos obligados á pasar en silencio, como lo son muchas, muy bien acabadas, que cuelgan en las casas de los gremios, en las boticas y en casi todas las tiendas.

En las iglesias hay hermosos ejemplares de puertas, respaldos de bancos y tribunas de madera tallada; existen también algunos trabajos en bronce muy

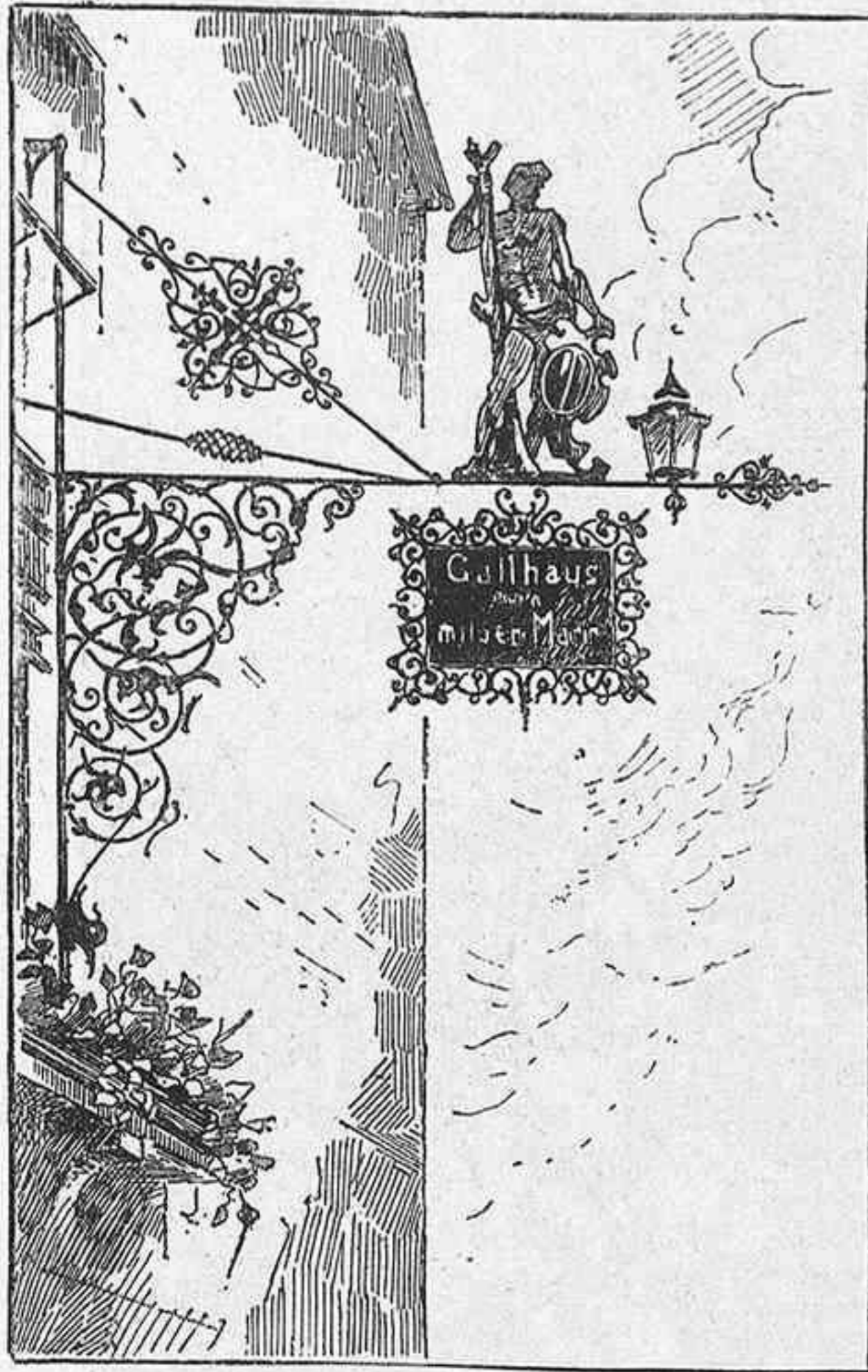


Fig. 8. - Muestra del «Hotel Sauvage»

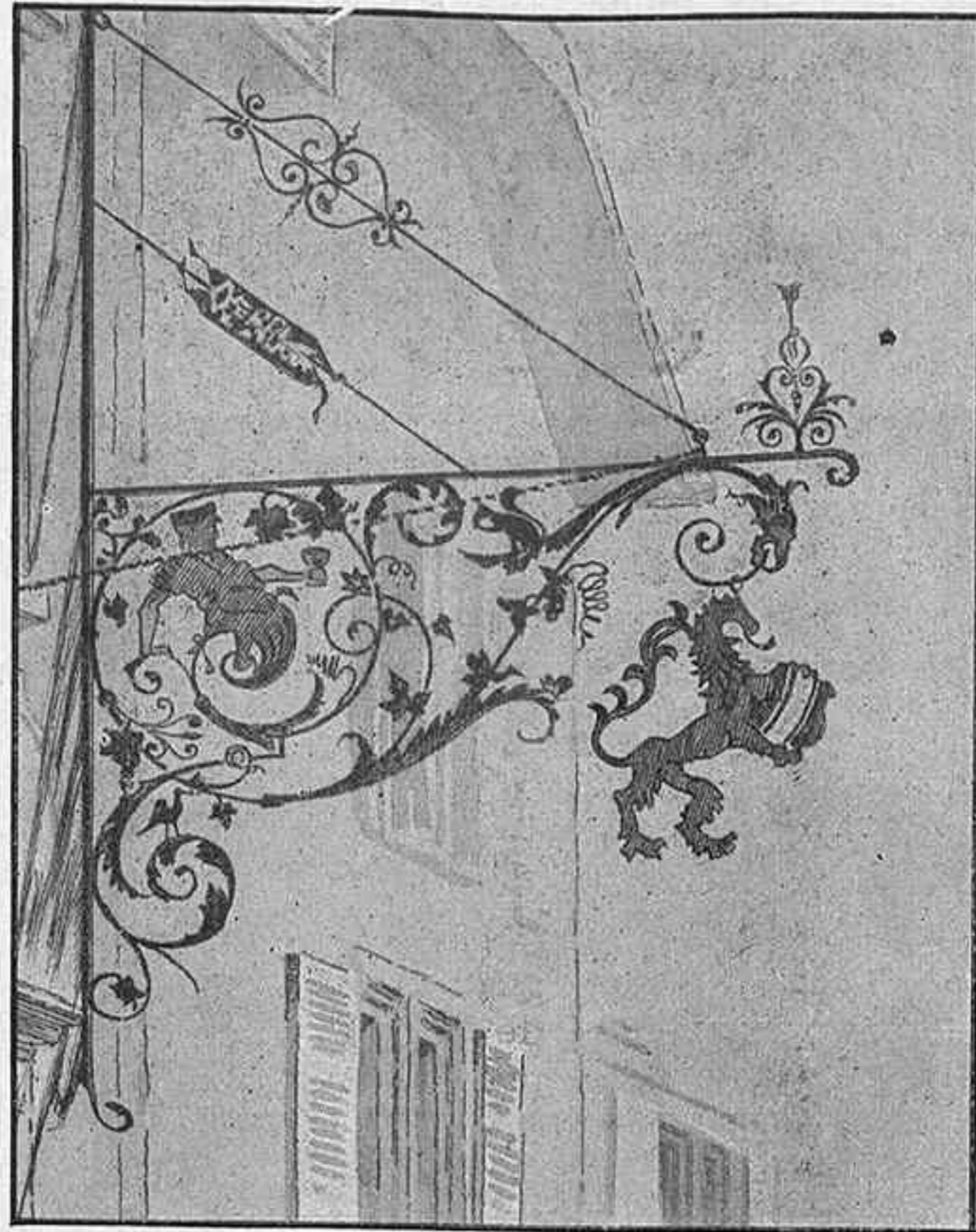


Fig. 9. - Muestra del «Hotel del León de Oro»

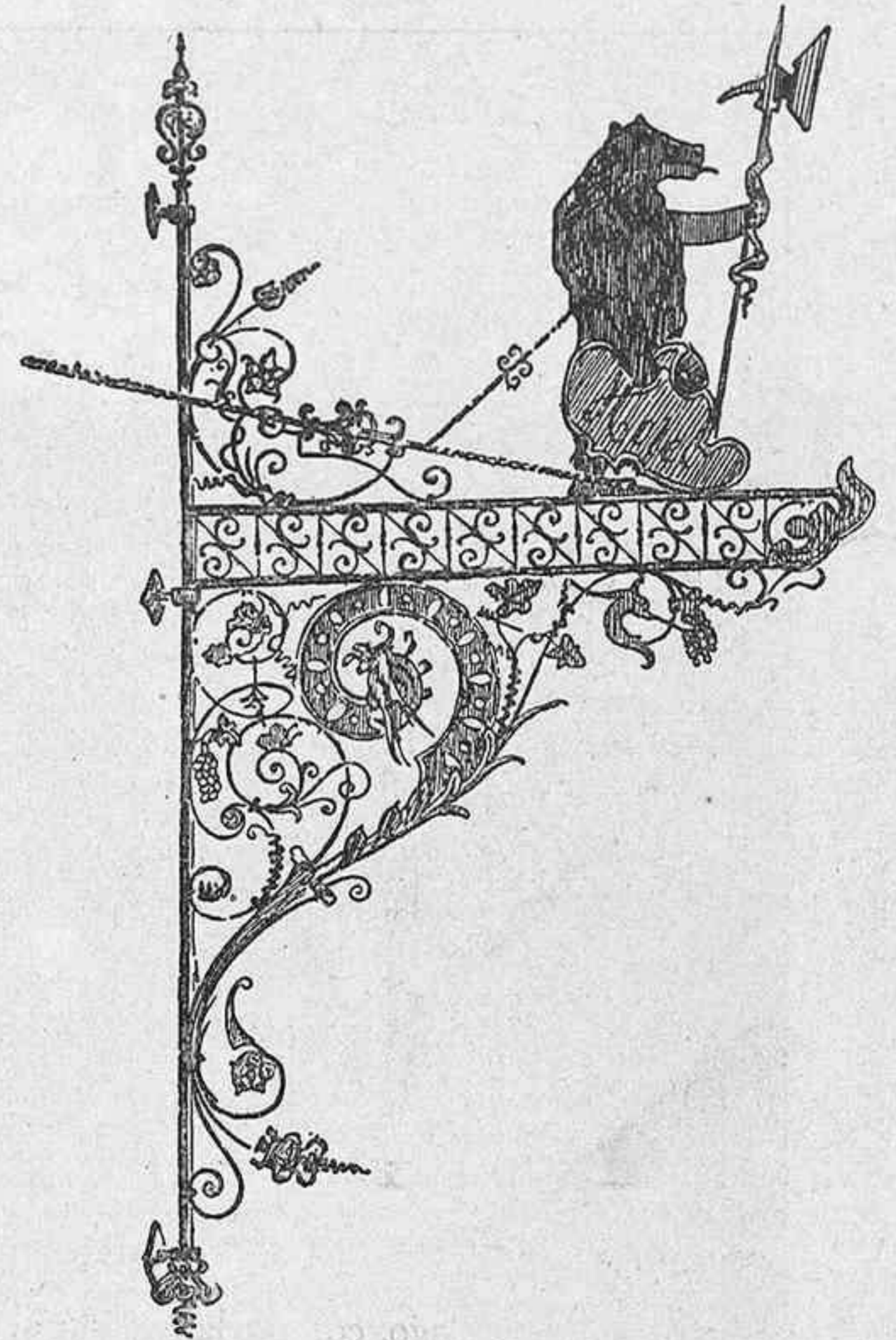


Fig. 10. - Muestra del «Hotel del Oso»

bien hechos en los caños de las fuentes públicas; éstas igualmente son dignas de atención y algunas sumamente bellas.

Creemos que los diez grabados reproducidos en esta página y en la anterior serán suficientes para convencer a nuestros lectores de que hay indudable-

mente en Lucerna trabajos en hierro forjado de mucho mérito artístico.

ARTURO ELLIOT.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, Paris.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**

EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS
por la
Academia
de MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & Co, 40, R. Bonaparte, Paris.

DICCIONARIO
de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA

Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Data de 1849 Paris

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDÈS
E^a St-Denis, 16

HARINA LACTEADA NESTLÉ

Contiene la mejor leche de vaca.
Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS

VINO AROUD

CARNE - QUINA - HIERRO

El más poderoso Regenerador.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS SEÑORES JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS



BARCELONA. — REVISTA MILITAR EFECTUADA EL DÍA 11 DE LOS CORRIENTES EN EL PASEO DE SAN JUAN CON MOTIVO DE LA LLEGADA DE LAS TROPAS QUE HAN ESTADO RECIENTEMENTE DE MANIOBRAS. (De fotografía de A. Merletti.)

Con motivo del regreso de las tropas que han estado recientemente de maniobras, efectuóse en la mañana del domingo, día 11, una revista militar en la parte superior del Paseo de San Juan, entre las calles de Rosellón y Claudio Coello. Figuraron en ella las brigadas que mandan los generales D. Francisco Aguilera y D. Miguel Imaz, tres escuadrones del tercio de la Guardia-Civil, las fuerzas de la cuarta comandancia de Administración militar, la ambulancia de montaña de Sanidad militar y otras. El capitán general Sr. Linares revistó las fuerzas, situándose después en el cruce del paseo con la calle de Provenza para presenciar el desfile.

Poco después de las doce, las fuerzas de la brigada expedicionaria se reunieron en Sans, al mando del general Sr. López Díaz, y entraron en el Paseo de San Juan en la siguiente forma: grupo de dos baterías del noveno regimiento montado, regimiento de dragones de Santiago, regimiento de dragones de Montesa y regimiento de dragones de Numancia. Detrás de ellas desfilaron las tropas que habían formado en la revista.

El acto, que se vió favorecido por un tiempo magnífico, fué presenciado por un público muy numeroso.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR

Célebre Depurativo Vegetal
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO

Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico,
Sucesor de
BOYVEAU-LAFFECTEUR.
Calle Richelleu, 102, Paris y todas farmacias.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

Dentición

JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faubt St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN

y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.

MARCA DE FABRICA
REGISTRADA.

PARIS, 102, Rue Richelleu. — Todas Farmacias.



◀ ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE ▶
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria